C. S. Lewis

El gran divorcio (Un sueño)

"No, no hay salida. No hay cielo que contenga un poco de infierno. No hay plan que mantenga esto o aquello del demonio en nuestros corazones o en nuestros bolsillos. Nuestro Satán debe marcharse, completamente."

GEORGE MACDONALD

Breve biografía

C.S. Lewis Clive Staples Lewis nació en Irlanda en 1898. Durante un año estudió en el Malvern College, continuando luego su educación privadamente. Obtuvo tres primeras calificaciones en Oxford y fue Fellow y Tutor en el Magdalen College entre 1925 y 1954. En este año obtuvo la cátedra de Literatura Medieval y Renacentista en Cambridge. Fue un profesor notable, muy popular entre sus alumnos; ejerció influencia perdurable en ellos.

Lewis fue ateo por muchos años. En Surprised by jov describe así su conversión: "Cedí en 1929, mientras estaba en Trinity, y acepté que Dios era dios... Quizás fui el más afligido y reticente converso de toda Inglaterra". Esta experiencia lo ayudó a comprender no sólo la apatía, sino también la activa falta de voluntad para aceptar la religión y, en tanto escritor cristiano —dotado de una inteligencia excepcionalmente brillante y lógica y de un estilo lúcido y vivo—, resultó sin par. The Problem of Pain, The Screwtape Letters, Mere Christianity, The Four Loves y el postumo Prayer: Letters to Malcolm son sólo algunos de sus best-sellers. Escribió también deliciosos libros infantiles y algo de ciencia ficción; además, numerosas obras de crítica literaria. Millones de personas conocen sus libros en todo el mundo. Murió el 22 de noviembre de 1963, en su casa de Oxford.

A Barbara Wall, la mejor y más tolerante de las escribas.

Prefacio

Blake escribió Matrimonio del Cielo y del Infierno. Si escribo sobre su divorcio no es porque me considere digno antagonista de un genio tan grande ni tampoco porque esté muy seguro de saber lo que quiso decir. Pero, en algún sentido, resulta perenne el intento de efectuar ese matrimonio. El intento se funda en la creencia de que la realidad nunca nos encara con un "o esto o lo otro" absolutamente inevitable; de que si contamos con bastante habilidad y paciencia y (especialmente) con el tiempo suficiente, siempre podremos hallar un modo de abrazar ambas alternativas; de que el mero desarrollo o ajuste o refinamiento se las arreglará para tornar el mal en bien sin que se nos obligue a un rechazo total y definitivo de nada que nos guste retener o conservar. Me parece una creencia desastrosamente errónea. No se puede llevar todo el equipaje en cada viaje; hay un viaje en el cual puede ser imprescindible dejar atrás hasta la mano derecha y el ojo derecho. No estamos viviendo en un mundo en que todos los caminos sean los radios de un círculo y donde, si los seguimos bastante, llegaremos gradualmente entonces a estar más cerca y al final a reunimos en el centro.

Vivimos, más bien, en un mundo donde todo camino, a los pocos kilómetros, se bifurca y donde estos dos al poco tiempo vuelven a bifurcarse; en cada encrucijada debemos optar. La vida, incluso a nivel biológico, no se parece a un río sino a un árbol. No avanza hacia la unidad, se aparta de ella; las creaturas se distancian más y más mientras más se perfeccionan. El bien, en tanto madura, continuamente se diferencia no sólo del mal sino de otros bienes.

No creo que perezca todo el que escoge los caminos equivocados; pero su rescate consiste en hacerlo retornar al camino correcto. Una suma equivocada se puede corregir; pero solamente si se retrocede hasta encontrar el error y luego se vuelve a empezar desde allí; nunca se la corrige con un mero seguir adelante. El mal se puede deshacer; pero no puede "desarrollarse y convertirse" en bien. El tiempo no lo cura. La urdimbre debe destejerse, paso a paso, nudo a nudo; o no se deshará. Todavía estamos en "esto o lo otro". Si insistimos en conservar el infierno (e incluso la tierra),

no veremos el cielo; si aceptamos el cielo, no podremos conservar ni el menor ni el más íntimo recuerdo del infierno. Creo, por cierto, que quienquiera que alcance el cielo descubrirá que no ha perdido lo que abandonó (aunque se haya arrancado el ojo derecho); que allí estará el meollo de lo que verdaderamente buscó incluso en sus deseos más depravados, más allá de todo lo esperado, aguardándolo en las "altas regiones". En ese sentido, será cierto para quienes completaron la jornada (y para ningún otro) la afirmación de que el bien es todo y el cielo está en todas partes. Pero nosotros, que estamos a este extremo del camino, no debemos intentar un anticipo de esa visión retrospectiva. Si lo hacemos, es muy probable que abracemos la fantasía desastrosa de que todo es bueno y hay cielo en todas partes.

¿Y qué decir, entonces, de la tierra? La tierra, creo, nadie la va a hallar, en última instancia, en sitio muy preciso. Creo que la tierra, si se la escoge en lugar del cielo, resultará, todo el tiempo, sólo una región del infierno; y creo que la tierra, si se la sitúa después que el cielo, resultará desde un principio una parte del mismo cielo.

Sólo hay otras dos cosas que decir sobre este pequeño libro. En primer lugar, debo reconocer la deuda que tengo con un escritor cuyo nombre no recuerdo y al cual leí hace varios años en una muy ilustrada revista norteamericana de lo que ellos llaman "ciencia ficción". La calidad irrompible y tenaz de mi materia celestial me la sugirió él, aunque utilizaba la fantasía con un propósito diferente y sumamente ingenioso. Su héroe viajaba hacia el pasado, y allí, muy adecuadamente, se topaba con gotas de lluvia que lo traspasaban como balas y con bocadillos imposibles de morder aunque se contara con la mayor fuerza imaginable; en el pasado, por supuesto, nada podía ser alterado. Yo, con menos originalidad, pero (supongo) con igual propiedad, he transferido esto a lo eterno. Le ruego a este escritor, si alguna vez lee estas líneas, que acepte mis agradecimientos. Lo segundo es esto: les Riego a los lectores que recuerden que esto es una fantasía. Contiene, por supuesto —o pretende tener—, una moraleja.

Pero las condiciones transmortales sólo son un supuesto imaginario: no pretenden adivinar ni especular sobre lo que realmente nos puede esperar. Lo último que deseo es provocar la curiosidad sobre detalles del otro mundo.

C.S. LEWIS Abril, 1945.

1

Al parecer, estaba en la cola del autobús, a un costado de una calle larga, sórdida. Terminaba la tarde y llovía. Había paseado durante horas por otras calles sórdidas, siempre bajo la lluvia y siempre a la luz del último atardecer. El tiempo parecía detenido en ese instante triste cuando sólo unas pocas tiendas han encendido la luz y aún no hay bastante oscuridad para que sus escaparates luzcan alegres. Y tal como la tarde no terminaba de avanzar hacia la noche, así mis pasos no terminaban de llevarme a las zonas mejores de la ciudad. Por más lejos que fuera sólo hallaba decaídas casas de alojamiento, pequeñas tabaquerías, acumulaciones indistintas de las cuales colgaban afiches destrozados, bodegas sin ventanas, estaciones de carga sin trenes, pequeñas librerías del tipo de las que venden las obras de Aristóteles. Nunca me topé con nadie. A excepción del grupo en la parada de autobús, toda la ciudad parecía vacía. Creo que por eso me incluí en la cola.

De inmediato tuve un golpe de suerte. Apenas me situé en la fila, una mujer pequeña, blanca, que debía estar delante de mí, le dijo a un hombre que parecía acompañarla, "muy bien entonces. No voy, por ningún motivo. Allá tú". Y dejó la fila. Por favor, no te creas, dijo el hombre, en tono muy digno, "que me importa ir. Sólo he tratado de agradarte. Lo que yo sienta es, por supuesto, algo sin la menor importancia. Lo entiendo perfectamente". Y adecuando palabra y acción, también se marchó. "Vaya", pensé yo, "hemos ganado dos sitios". Quedé ahora junto a un hombre de muy baja estatura, ceñudo, que me miró de modo demasiado desfavorable y manifestó, en voz innecesariamente alta, al que tenía al lado, "estas son las cosas que a uno lo hacen pensar dos veces sobre este viaje".

"¿Qué cosas?", gruñó el otro, persona grande, carnosa. "Bueno", dijo el breve, "ésta no es la sociedad a que estoy acostumbrado, por cierto". "¡Oh!", dijo el grande, y luego, mirándome, "no le tolere ninguna broma, señor. Usted no le tiene miedo, ¿verdad?" Como viera que yo no hacía el menor movimiento, se volvió hacia

el breve y dijo: "¿No estamos a su altura, verdad?" Un momento después golpeó al breve en el rostro y lo envió, despatarrado, a la cuneta.
"Dejémoslo descansar, dejémoslo descansar", dijo el grande, a nadie en particular. "Soy un hombre normal y corriente, eso soy, y debo hacer respetar mis derechos como todo el mundo, ¿o no?" Como el breve no manifestaba ninguna intención de volver a la fila y muy pronto se marchó cojeando, me acerqué, con cierta prudencia, al grande y me congratulé de haber ganado otro puesto más. Casi al mismo tiempo, dos jóvenes que estaban delante de él se marcharon del brazo. Se los veía tan de pantalones ceñidos, esbeltos, risueños y de voz ligeramente aguda que no pude asegurarme de su sexo, pero era evidente que preferían su mutua compañía y no la oportunidad de un asiento en el autobús. "Nunca entraremos todos", dijo una voz femenina algo quejumbrosa, unos cuatro puestos más adelante. "Le cambio el sitio por cinco libras, señora", dijo alguien. Sentí sonar las monedas y luego un grito femenino mezclado con carcajadas del resto de la gente. La engañada saltó de su lugar en busca del que la había timado, pero los demás inmediatamente apretaron filas y la dejaron fuera... Así que, por una cosa u otra, la cola adquirió proporciones razonables mucho antes de la llegada del autobús.

Era un vehículo maravilloso, resplandeciente de luz dorada, heráldicamente coloreado. El conductor parecía lleno de luz y sólo utilizaba una mano para conducir. Agitaba la otra delante del rostro como para apartar el vapor grasoso de la lluvia. Un gruñido surgió de la fila apenas lo vieron. "Parece que lo pasa bien, ¿eh? Apuesto que... Querido, ¿por qué no se comporta con naturalidad? Se cree demasiado importante para mirarnos... ¿Quién se cree que es?...

Todos esos dorados y esas púrpuras. Un desperdicio. ¿Por qué no gastarán ese dinero en las propiedades y casas de por aquí? ¡Dios! Me gustaría darle con todo en el oído." El aspecto del conductor no me parecía digno en absoluto de tales expresiones, a menos que la gente reaccionara por su aspecto de autoridad y su aparente decisión de realizar su trabajo.

Mis compañeros lucharon como gallinas para introducirse en el autobús, aunque había sitio sobrado para todos. Fui el último en

subir. El bus quedó a medio llenar y opté por sentarme atrás, lejos de los demás. Pero un joven despeinado se me sentó al lado. Apenas lo hizo, el bus empezó a moverse.
—Creí que no le molestaría que me siente con usted —dijo—, porque he notado que experimenta lo mismo que yo con toda esta gente. No alcanzo a imaginar por qué han insistido en venir. No les gustará nada cuando lleguemos allí; estarían mucho más cómodos en casa. Pero no es lo mismo ni para usted ni para mí.

—¿Les gusta este lugar? —le pregunté.

—Tanto como les gusta cualquier cosa —respondió—. Han tenido cines, pesca, y negocios de papas fritas y propaganda y cuanto han querido. La asombrosa falta de cualquier tipo de vida intelectual no les preocupa. Apenas llegué aquí noté que debía haber un error.

Tenía que tomar el primer autobús, pero me dediqué a tratar de despertar a la gente; qué tontería. Me encontré con algunas personas que había conocido antes e intenté organizar un pequeño círculo, pero todos parecían haberse hundido hasta el nivel de esta zona.

Incluso antes de llegar aquí tenía mis dudas sobre un hombre como Cyrill Blellow. Siempre creí que estaba trabajando en una lengua falsa. Por lo menos era inteligente: era posible escucharle alguna crítica digna de ser oída, aunque fuera un fracaso en el aspecto creador. Sin embargo, ahora sólo parece quedarle mera autocompasión. La última vez que intenté leerle algo de lo mío...
Espere un minuto, me gustaría que usted mismo lo viera.

Advertí, con un estremecimiento, que estaba sacando del bolsillo un grueso atado de papel escrito. Murmuré algo sobre que no tenía los anteojos y exclamé:

—¡Vaya! Pero si hemos abandonado la tierra...

Era verdad. A varios cientos de metros bajo nosotros, medio ocultos por la lluvia y la niebla, podían verse los techos húmedos de la ciudad, esparcidos sin interrupción hasta donde alcanzaba la vista.

2

No quedé mucho tiempo más a merced del poeta despeinado: otro pasajero nos interrumpió la charla. Pero antes de que eso sucediera ya había aprendido bastante sobre el poeta. Al parecer era un hombre a quien se había aprovechado singularmente poco. Sus padres nunca lo estimaron y ninguna de las cinco escuelas a que asistió parecía haber previsto nada adecuado para un talento y carácter como el suyo. Para empeorar las cosas, era justamente el tipo de niño para el cual los exámenes parecen funcionar con el máximo de injusticia y absurdo. Sólo cuando llegó a la universidad empezó a reconocer que todas esas injusticias no eran un azar, sino los inevitables resultados de nuestro sistema económico. El capitalismo, además de esclavizar a sus trabajadores, les rebajaba el gusto y les vulgarizaba el intelecto. De allí provenía ese sistema educacional y la falta de "reconocimiento" del genio. Este descubrimiento lo convirtió al comunismo. Pero vino la guerra y la alianza de Rusia con los gobiernos capitalistas; una vez más se halló aislado y debió entonces pasar a objetor de conciencia. Las indignidades a que se vio sometido en esta etapa de su carrera, confiesa, lo amargaron. Decidió que serviría mejor a la causa si se iba a América. Pero América muy pronto también estaba en guerra.

En ese instante, de súbito, descubrió que Suecia era el hogar de un arte decididamente nuevo y radical. Pero sus distintos opresores no le habían dado precisamente facilidades para viajar a Suecia.

Problemas de dinero. Su padre, que jamás progresó más allá de la más atroz complacencia y vulgaridad mental de la época victoriana, le entregaba una pensión que por lo inadecuada rayaba en la insolencia. Una joven, además, lo había tratado muy mal. La había creído dotada de personalidad civilizada y adulta, pero de repente manifestó una verdadera masa de prejuicios burgueses e instintos monógamos. Le disgustaban sus celos y posesividad; le disgustaban los celos y los afanes posesivos en general. Al final resultó hasta mezquina con el dinero. Fue la gota que rebasó el vaso. Había saltado bajo un tren...

Me sobresalté, pero no lo advirtió.

Incluso entonces, prosiguió, la mala suerte continuó persiguiéndolo. Le enviaron a la ciudad gris. Pero fue un error, por supuesto. Ya descubriría, me dijo, que todos los pasajeros estarían conmigo en el viaje de regreso. Pero él no. Iba a quedarse "allí". Se sentía completamente seguro de que se dirigía donde, por fin, su refinado espíritu ya no sería ultrajado por un medio hostil; allí hallaría "reconocimiento" y "aprecio". Entretanto, como yo no tenía los anteojos, me iba a leer el fragmento ante el cual Cyrill Blellow mostró tan poca sensibilidad... Fue en ese instante cuando nos interrumpieron. Una de las peleas, que parecían estar en perpetuo estado de latencia en el bus, estalló; hubo casi una estampida.
Aparecieron cuchillos; se disparó pistolas. Pero todo parecía extrañamente inocuo, y cuando terminó, no tenía daño alguno aunque estaba sentado en otro sitio y con un nuevo compañero. Era un hombre de aspecto inteligente, nariz bulbosa y elegante sombrero.

Miré por las ventanas. Estábamos tan alto que todo lo de abajo resultaba vagaroso, impreciso. No veía, sin embargo, ni ríos ni montañas ni campos: la ciudad gris parecía llenar aún el campo visual.

—Parece una ciudad endemoniada —aventuré—. Y no lo consigo entender. Las partes que conocí estaban tan vacías. ¿Hubo antes más población?

—De ningún modo —-dijo mi acompañante—. El problema es que son tan irascibles. Tan pronto llega uno, se instala en alguna calle. Antes de estar allí veinticuatro horas, ya se ha peleado con el vecino. No ha pasado una semana y las peleas son tan serias que decide trasladarse. Es muy posible que halle vacía la calle contigua, porque toda la gente ya ha peleado con sus vecinos y se ha marchado. Si es así, allí se instala. Si por alguna razón esa calle está llena, continúa más allá. Pero es igual, aunque trate de quedarse. De seguro va a tener una pelea muy pronto y deberá cambiarse.

Finalmente se irá hasta los confines de la ciudad y construirá una casa nueva. Ve usted, así de fáciles son las cosas. Basta con que piense en una casa y allí está. Así continúa creciendo la ciudad.

—¿Y deja más y más calles vacías?

—Exacto. Y el tiempo es aquí algo azaroso. El lugar donde tomamos el autobús queda a miles de kilómetros del centro cívico, donde llegan todos los que vienen de la tierra. Toda la gente que conoció vivía cerca del terminal. Pero les había tomado siglos —según el tiempo nuestro— llegar allí, traslado a traslado.

—¿Y qué hay de los primeros que llegaron? Quiero decir..., tiene que haber gente que vino de la tierra a su ciudad hace aún más tiempo.

—Exacto. Hay. Se han estado moviendo y moviendo.

Apartándose. Ahora deben estar tan lejos que nunca pensarán en venir al terminal de buses. Distancias astronómicas. Cerca de donde vivo hay una ligera eminencia de tierra y un amigo tiene un telescopio. Se pueden ver las luces de las casas habitadas, donde viven esos antiguos, a millones de kilómetros. Millones de kilómetros de nosotros y entre ellos. De vez en cuando se alejan un poco más todavía. Es uno de los desengaños. Creí que podría conocer personajes históricos interesantes. Pero no es posible: están demasiado lejos.

—¿Llegarán a tiempo a la parada del autobús si alguna vez se mueven?

—Bueno... En teoría. Pero hay distancias de años luz. Y ya no lo van a querer hacer. Por lo menos esos viejos amigos como Tamerlán y Gengis Khan, o Julio César o Enrique V.

—¿No van a querer?

—Exacto. El más próximo de esos antiguos es Napoleón. Lo sabemos porque dos amigos hicieron el viaje para conocerlo.

Partieron mucho antes de que yo viniera, por cierto. Pero estaba allí cuando volvieron. Les costó unos quince mil años de los nuestros.

Ya tenemos localizada la casa. Sólo un pequeño punto de luz y nada más por ahí cerca en millones de kilómetros.

—¿Pero ellos llegaron allí?

—Exacto. Se había construido una casa enorme de estilo Imperio. Filas de ventanas resplandecientes de luz. Aunque sólo se ve como un pequeño punto desde donde vivo.

—¿Vieron a Napoleón?

—Exacto. Se subieron y miraron por una de las ventanas. Allí estaba Napoleón.

—¿Y qué hacía?

—Caminaba de un lado a otro, arriba y abajo todo el tiempo, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda.

No se detenía un momento. Los dos amigos lo miraron durante un año y nunca descansó. Y hablaba solo, en voz baja, todo el tiempo. "La culpa fue de Soult. Fue de Ney. Fue de Josefina. La culpa la tuvieron los rusos. La tuvieron los ingleses." Algo así todo el tiempo. Nunca se detuvo. Un hombre pequeño y gordo; se veía algo cansado. Pero no parecía capaz de detenerse.
Las vibraciones indicaban que el autobús seguía moviéndose.
Pero nada se veía ahora por las ventanas. Nada, a excepción de un vacío gris arriba y abajo.

—¿Entonces la ciudad va a seguir creciendo indefinidamente? —pregunté.

—Exacto —dijo el inteligente—. A menos que alguien haga algo al respecto.

—¿Y cómo?

—Bueno, por cierto, entre usted y yo y el muro. Este es mi trabajo, de momento. ¿Cuál es el problema de este lugar? No es que la gente sea tan irascible. Eso pertenece a la naturaleza humana y así ha sido siempre sobre la tierra. El problema es que no tienen necesidades. Usted consigue todo lo que desea (no de muy buena calidad, por supuesto) sólo con imaginarlo. Por eso no hay dificultades para cambiarse a otra calle o construir otra casa. En otras palabras, no existe una base económica para una vida en comunidad.

Si necesitaran tiendas verdaderas, los muchachos tendrían que quedarse cerca de donde hay tiendas verdaderas. Si necesitaran casas verdaderas, tendrían que quedarse donde están los constructores. La escasez es lo que permite existir a las sociedades. Bueno, allí aparezco yo. No hago este viaje por razones de salud. Tal como van las cosas, no creo que me siente bien llegar allá arriba. Pero si consigo volver con algunos bienes verdaderos —cualquier cosa que sirva para morder, beber o para sentarse en ella—, bien, de inmediato habrá demanda allá abajo en la ciudad. Empezaré un pequeño negocio. Tendré algo para vender. Muy pronto habrá gente que vendrá a vivir cerca... Centralización. Dos calles vacías bastarán para acomodar a la gente que está ahora esparcida en millones de kilómetros cuadrados de calles vacías. Tendré una grata ganancia y al mismo tiempo seré benefactor público.

—¿Me está diciendo que si ellos tienen que vivir juntos van a aprender poco a poco a no pelearse?

—Bueno, de eso no sé. Pero me atrevería a decir que se los podrá mantener algo más tranquilos. Habría la posibilidad de organizar una fuerza de policía. Introducirles algo de disciplina. En cualquier caso (y aquí bajó la voz) sería mejor, sabe usted. Todo el mundo lo acepta. La seguridad está en la cantidad.

—¿La seguridad de qué? —empecé a preguntar, pero mi compañero me indicó que me callara. Cambié la pregunta—. Un momento —dije—, si les basta imaginarlo para obtener cualquier cosa, ¿por qué iban a desear cosas reales como usted las llama?

—¿Eh? Oh, bueno, les gustan las casas que protegen de la lluvia.

—¿Las que tienen no lo hacen?

—Bueno, por supuesto que no. ¿Cómo los iban a proteger?

—¿Y para qué demonios las construyen entonces? El inteligente acercó su rostro al mío.
—La seguridad, otra vez —murmuró—. Por lo menos la sensación de seguridad. Todo está bien ahora; pero después... , usted comprende.

—¿Qué? —dije, bajando la voz, involuntariamente, casi a un susurro.

Articuló palabras sin ruido, como si supusiera que yo sabía leer los labios. Acerqué la oreja a su boca.

—Hable —le dije.

—Estará oscuro en un instante —contestó.

—¿Me está diciendo que verdaderamente esta tarde se va a tornar en noche al fin?
Asintió.

—¿Y esto qué tiene que ver con ello? —dije.

—Bueno..., nadie quiere estar afuera cuando eso sucede.

—¿Por qué?

Su respuesta fue tan furtiva que tuve que pedirle que la repitiera varias veces. Cuando terminó de hacerlo, algo molesto (como se suele estar cuando se habla mucho en susurros), le contesté sin acordarme de bajar la voz.

—¿Quiénes son "ellos"? ¿Y qué teme que le hagan? ¿Y por qué tienen que salir cuando está oscuro? ¿Y qué protección va a dar una casa imaginaria si hay peligro?

—¡Aquí! —gritó el grande—. ¿Quién dice esas cosas? Dejen de hablar y de murmurar ustedes dos, ¿o quieren que los convenza, eh?
Sembrar rumores, eso es lo que es. Se callan de una vez, ¿de acuerdo?

—Correcto. Escandaloso. Se los debe juzgar. ¿Cómo entraron al autobús? —gruñían los pasajeros.

Un hombre gordo, cuidadosamente afeitado, que iba en el asiento de enfrente, se inclinó y me habló en tono culto.

—Perdone usted —dijo—, pero no pude evitarlo y escuché parte de lo que conversaban. Es sorprendente lo que perduran estas supersticiones primitivas. ¿Me permite? Oh, que Dios bendiga mi alma, eso es todo. No hay ni la menor evidencia que muestre que este atardecer se vaya a transformar en noche. Entre la gente educada ha habido una verdadera revolución en cuanto a las opiniones al respecto. Me sorprende que usted no haya oído nada. Todas esas fantasías, pesadilla de nuestros antepasados, han sido borradas del mapa. Lo que ahora vemos en esa media luz apagada y delicada es la promesa del amanecer, el lento volverse de toda una nación hacia la luz. Movimiento lento e imperceptible, por cierto. "Y no sólo por las ventanas del Oriente cuando llega la luz del día, llega en efecto la luz." Y esa pasión por "verdaderas" provisiones, de que habla nuestro amigo, es mero materialismo, sabrá usted. Una regresión. ¡Ligada sin remedio a la tierra! Un antojo de materia. Pero nosotros contemplamos esta ciudad espiritual —que a pesar de todas sus fallas es espiritual— como una sala cuna en que las funciones creativas del hombre, liberadas de las ataduras de la materia, empiezan a probar sus alas. Un pensamiento sublime.

Hubo un cambio algunas horas más tarde. Empezó a haber cierta luminosidad en el bus. El gris de fuera de las ventanas pasó del color del fango a un gris perla, luego a un azul debilísimo y en fin a un brillo azulado que golpeaba los ojos. Parecíamos flotar en un puro vacío. No había ni tierras ni sol ni estrellas a la vista, sólo el abismo radiante. Abrí la ventana. Entró un frescor delicioso y entonces...

—¿Qué demonios está haciendo? —gritó el inteligente, que se inclinó con brusquedad y cerró violentamente la ventana—. ¿Quiere que nos muramos de frío?

—¡Pégale! —dijo el grande.

Di un vistazo por el autobús. Las ventanas estaban cerradas, las cortinas corridas; pero el autobús estaba lleno de luz. Una luz cruel.

Los rostros y formas que me rodeaban me hicieron estremecer.

Todos eran rostros fijos, horros de posibilidades, llenos de imposibilidades, algunos estragados, otros casi tumefactos, algunos resplandecientes de ferocidad idiota, otros sumergidos en sueños más allá de toda recuperación. Pero todos, de un modo u otro, distorsionados, difusos. Daba la impresión de que caerían en pedazos de un momento a otro; que bastaba que aumentara la luz.

Entonces —había un espejo al final del bus— me vi a mí mismo.

Y la luz seguía aumentando.

3

Un acantilado emergía delante de nosotros. Se hundía verticalmente tan lejos que no alcanzaba a ver el fondo; era oscuro y suave. Subíamos continuamente. Por fin fue visible la cúspide, como una fina línea esmeralda, tensa como cuerda de violín. Ya nos deslizábamos sobre esa cima, volábamos sobre un área plana, verde de hierba, atravesada por un ancho río. Empezábamos a perder altura. Algunos de los árboles más altos no distaban más de siete metros por debajo de nosotros. De súbito, nos detuvimos. Todo el mundo se había puesto de pie. Maldiciones, amagos de golpes, amenazas, fetidez de vituperios: todo esto llegó a mis sentidos mientras mis compañeros pasajeros luchaban por salir. Un momento después todos lo habían conseguido. Quedé solo en el autobús. A través de la puerta abierta me llegó, en medio de la quietud y el frescor, el canto de una alondra.

Salí. La luz y el frío que me empaparon eran como de esas mañanas de verano, madrugadas uno o dos minutos antes de surgir el sol, sólo que había cierta diferencia. Tenía la sensación de estar en un espacio más amplío, quizás en una especie de espacio más amplio, más amplio que cualquier otro que hubiera conocido. Como si el cielo estuviera aún más lejos y fuera sin fin la extensión de la verde pradera, más ancha que en nuestra pequeña, habitual bola de tierra. Había "salido" en un sentido que convertía al mismo sistema solar en algo interior. Esto me daba sensación de libertad, pero también la de estar expuesto, posiblemente en peligro; y me acompañó en todo lo siguiente. La imposibilidad de comunicar esa sensación, e incluso de inducir su recuerdo a medida que continúo, me hace desesperar de poder trasmitir la calidad verdadera de lo que vi y oí.

Al principio, por supuesto, observé a mis compañeros, que aún se mantenían agrupados en los alrededores del autobús, pero empezaban a adentrarse en el paisaje con pasos vacilantes. Me sobresaltó verlos. Ahora que estábamos a la luz eran transparentes, completamente transparentes cuando quedaban contra la luz, traslúcidos, imperfectamente opacos cuando

quedaban a la sombra de algún árbol. De hecho, eran fantasmas: manchas de forma humana en el resplandor del aire. Se podía observarlos o ignorarlos tal como uno hace con las manchas de suciedad en un vidrio.

Advertí que el césped no se doblaba bajo sus pies; ni siquiera se perturbaban las gotas de rocío.

Entonces se me debe haber provocado un ajuste en la mente o una adecuación en el foco de los ojos. Vi todo el fenómeno a la inversa. Los hombres eran tal cual siempre habían sido, quizás como todos los hombre que he conocido. Lo diferente eran los árboles, el césped, la luz: hechos de alguna sustancia distinta, tanto más sólida que la de las cosas de nuestro país; en comparación con ella los hombres eran fantasmas. Impulsado por un repentino pensamiento, me incliné a coger una margarita que crecía a mis pies. El tallo no se rompía. Traté de torcerlo, pero no se torcía. Tiré y tiré hasta que el sudor me humedeció la frente, hasta casi perder la piel de las manos.

La pequeña flor era dura, no como la madera ni siquiera como el hierro, sino como diamante. Había una hoja —una joven y tierna hoja de haya— caída en el césped. Traté de recogerla. Casi se me rompe el corazón con el esfuerzo. Creo que alcancé a alzarla apenas. Pero debí soltarla de inmediato. Era más pesada que un saco de carbón. Mientras me erguía y trataba de recuperar el aliento, entre jadeos y sin dejar de mirar la margarita, advertí que podía ver la hierba no sólo entre mis pies sino a través de mis pies. También era un fantasma. ¿Quién me podría prestar palabras para expresar el terror de ese descubrimiento? "¡Caramba!", pensé, "esta vez sí que va en serio".

—¡No me gusta! ¡No me gusta! —gritó una voz—. ¡Me da asco!

Uno de los fantasmas pasó a gran velocidad y volvió a subir al autobús. Nunca volvió a salir, que yo sepa. Los otros se quedaron, inseguros.

—Eh, señor —dijo el grande, dirigiéndose al conductor—, ¿cuándo está previsto que regresemos?

—No necesitan regresar, a menos que lo deseen —contestó—.
Se pueden quedar cuanto quieran. Hubo un momento de desconcierto.

—Esto es sencillamente ridículo —dijo una voz a mi oído.
Uno de los fantasmas más silenciosos y más respetables se me había acercado.

—Debe haber un error administrativo —continuó el fantasma silencioso—. ¿Qué sentido tiene dejar a todos estos flotando por aquí todo el día? Mírelos. No están gozando. Eran mucho más felices en casa. Ni siquiera saben qué hacer.

—Yo tampoco lo sé muy bien —le dije—. ¿Qué se supone que hace uno?

—¿Oh, yo? Me encontrarán de un momento a otro. Me esperan.
Esto no me preocupa. Pero resulta un tanto desagradable que el primer día uno se encuentre con todo el lugar repleto de viajeros.
¡Condenación, pero si el objetivo principal para venir aquí era evitarlos!

Se apartó de mí. Y empecé a mirar alrededor. A pesar de su referencia implícita a una multitud, la soledad era tan vasta que apenas podía advertir el grupo de fantasmas. El verde y la luz casi se los habían tragado. Pero muy lejos pude ver lo que podría ser un gran banco de nubes o los flancos de montañas. Por momentos alcanzaba a avizorar selvas empinadas, distantes valles muy amplios e incluso ciudades de la montaña encaramadas en cimas inaccesibles.

En otros instantes eso se volvía indistinguible. La altura era tan enorme que mi vista normal de vigilia no habría alcanzado a captar ningún objeto. La luz reverberaba en las cumbres, desde tan lejos y tan oblicua que provocaba largas sombras junto a cada árbol de la llanura. Nada cambiaba ni avanzaba a medida que discurrían las horas. La promesa —o la amenaza— de la salida del sol continuaba inmóvil, allá arriba.

Mucho después vi gente que se acercaba a nosotros. Brillaban, y las pude ver mientras estaban aún muy lejos. Al principio no supe

que era gente. Kilómetro a kilómetro se iban acercando. La tierra temblaba bajo sus pasos con el golpear de los fuertes pies en la hierba húmeda. Una fina niebla y un aroma dulce se expandían allí donde aplastaban la hierba y esparcían el rocío. Algunos iban desnudos, otros, vestidos. Pero los desnudos no parecían menos adornados, y las ropas no ocultaban, en quienes las llevaban, lo portentoso de los músculos ni la radiante suavidad de la carne.

Algunos tenían barba, pero ninguno me pareció de edad alguna. Uno puede captar rasgos fugaces —incluso en este país— de lo que carece de edad: el pensamiento denso en el rostro de un niño, la despreocupada infancia en el de un anciano. Aquí todo era así.

Avanzaban sin pausa. No terminaba de gustarme la situación. Dos fantasmas gritaron y corrieron al autobús. El resto de nosotros se apretujó uno contra otro.

La gente sólida se acercaba y advertí que se movían con orden y propósito, como si cada uno hubiera decidido venir hacia uno solo de nuestro grupo. "Habrá escenas de encuentro", pensé. "Quizás no convenga estar mirando." Y de inmediato me empecé a alejar con el vago pretexto de que quería explorar un poco. Un grupo de enormes cedros, a mi derecha, parecía atractivo. Caminar resultó difícil. La hierba, dura como diamante para mis pies insustanciales, me hacía sentir que caminaba sobre rugosas rocas y padecí dolores como los de la sirena de Hans Andersen. Un pájaro pasó enfrente. Lo envidié.

Pertenecía a esta región y era tan real como la hierba. Podía doblar los tallos y mojarse con el rocío.

Casi en seguida me siguió el que llamaba el grande..., aunque, para decirlo con más propiedad, debía llamar el gran fantasma. A él lo seguía uno de los personajes brillantes.

—¿No me conoces? —le gritó al fantasma.

Me fue imposible no volverme y prestar atención. El rostro del espíritu sólido —era de los que llevaban ropa— me dio deseos de bailar. Era jocundo, de aplomo absolutamente juvenil.

—Bueno, condenación —dijo el fantasma—. Nunca lo habría creído. Sorpresa total. No está bien, Len. ¿Y qué fue del pobre Jack, eh? Se te ve muy satisfecho, pero lo que yo digo es ¿qué fue del pobre Jack?

—Está aquí —contestó el otro—. Lo verás muy pronto, si te quedas.

—Pero lo asesinaste.

—Por supuesto. Todo está arreglado.

—¿Arreglado? Lo estará para ti. ¿Pero qué hay del pobre muchacho, tirado, frío y muerto?

—Pero no lo está. Ya te lo dije, lo verás muy pronto. Te envía saludos.

—Lo que me gustaría entender —dijo el fantasma— es qué haces aquí, feliz como unas pascuas, tú, un sanguinario asesino, mientras yo me he pasado pateando calles allá abajo y viviendo todos estos años en un lugar digno de cerdos.

—Es un poco difícil de entender al principio. Pero ya todo se acabó. Ahora te resultará agradable. Hasta entonces no hay motivo para preocuparse.

—¿No hay motivo para preocuparse? ¿No te da vergüenza?

—No. No como tú crees. No me miro a mí mismo. Me he olvidado de mí. Tuve que hacerlo, sabes, después del asesinato. Eso fue lo que eso me provocó. Y así empezó todo.

—Personalmente —dijo el gran fantasma, con un énfasis que contradecía el significado habitual de la palabra—, personalmente, he pensado que tú y yo debíamos estar exactamente al revés. Esa es mi opinión personal.

—Es muy posible que finalmente sea así —agregó el otro—, siempre que dejes de pensar en ello.

—Mírame ahora --dijo el fantasma, que se golpeó el pecho (pero sin que se produjera sonido alguno)—. He sido recto toda la vida. No digo que haya sido un hombre religioso ni que no haya tenido mis fallas; todo lo contrario. Pero toda la vida he hecho lo mejor que he podido, ¿ves? Lo mejor con todos, así he sido. Nunca pedí nada que no fuera mío. Si quería un trago, lo pagaba. Si cobraba algo era porque había hecho mi trabajo, ¿lo ves? Así he sido y no me importa quién lo sepa.

—Sería mucho mejor no continuar con eso por el momento.

—¿Quién va a continuar? No estoy discutiendo. Sólo te estoy diciendo la clase de persona que era, ¿lo ves? No exijo nada, sólo mis derechos. Te crees que puedes menospreciarme porque vas vestido así (y no ibas así cuando trabajabas a mis órdenes) y porque soy un hombre pobre. Pero debo tener los mismos derechos que tú, ¿lo ves?

—Oh no. No es tan malo. No he recibido lo que merezco. Si fuera así, no estaría aquí. Y tú tampoco recibirás lo que mereces. Recibirás algo mucho mejor. Nunca tengas miedo.

—Es justamente lo que decía. No he recibido lo que merezco. Siempre hice lo mejor, todo lo posible, nunca hice nada malo. Y lo que no comprendo es por qué me van a poner más abajo que un asesino sanguinario como tú.

—¿Quién sabe dónde vas a estar? Sólo sé feliz y ven conmigo.

—¿Para qué sigues discutiendo? Sólo te estoy diciendo la clase de persona que soy. Sólo quiero lo que me merezco, mis derechos. No estoy solicitando la condenada caridad de nadie.

—Entonces hazlo. Pide caridad. Todo está aquí para que se lo pida y nada puede ser comprado.

—Eso puede estar muy bien para ti, me parece. Si han optado por dejar entrar a un sanguinario asesino sólo porque se puso a rogar a último momento, allá ellos. Pero no me veo viajando en el mismo barco que tú, ¿lo ves? ¿Por qué lo iba a hacer? No quiero caridad.

Soy un hombre decente y si se me diera lo que merezco, hace mucho que estaría aquí. Les puedes decir que lo dije.

El otro movió la cabeza.

—Nunca lo vas a lograr de esa manera —dijo—. Nunca se te endurecerán los pies lo bastante para caminar sobre esta hierba. Te agotarás antes de que lleguemos a las montañas. Y esto no es precisamente la verdad, lo sabes.

La sonrisa le bailaba en los ojos mientras hablaba.

—¿Qué no es verdadero? —preguntó el fantasma, tragando saliva.
—No fuiste decente y no hiciste todo lo posible. Ninguno lo fue ni nadie hizo todo lo que podía. Que Dios te bendiga, pero no importa. No hace falta que recordemos eso.

—¡Tú! —masculló el fantasma—. ¿Tú tienes el descaro de decirme a mí que no fui un tipo decente?

—Por supuesto. ¿Pero tenemos que volver sobre todo eso? Te voy a decir algo, para empezar. El asesinato del viejo Jack no fue lo peor que hice. Fue asunto de un instante y estaba medio loco cuando lo hice. Pero te asesiné a ti, en el corazón, adrede, durante años.
Solía quedarme despierto, por las noches, pensando en lo que te haría si tenía oportunidad. Por eso me enviaron ahora contigo: para que te pidiera perdón y fuera tu servidor mientras necesites o quieras tener uno. Yo era el peor.
Pero todos los que trabajaron a tus órdenes sentían lo mismo.
Nos tratabas con mucha dureza, sabes. Y lo mismo hacías con tu mujer y con tus hijos.

—Ocúpate de tus cosas, muchacho —dijo el fantasma—. ¿Nada de habladurías, eh? No pienso tolerar ninguna indiscreción tuya.

—Aquí no hay vida privada —contestó el otro.

—Y te diré algo más —agregó el fantasma—. Te puedes ir, ¿ves? Aquí no te quieren. Puede que sólo sea un pobre hombre, pero no voy a confraternizar con un asesino ni menos voy a escuchar sus

consejos. ¿Así que te traté con dureza a ti y a otros como tú? Si te vuelvo a tener allá, te voy a mostrar lo que verdaderamente es el trabajo.

—Me lo puedes mostrar ahora —dijo el otro, casi riendo—. Será gracioso ir a las montañas, pero habrá mucho trabajo.

—¿Supones que iré contigo?

—No te niegues. Nunca llegarías solo. Y yo soy el que te enviaron.
—¿Así que ése es el truco? —gritó el fantasma.
Exteriormente se lo veía amargado, pero me pareció que su voz manifestaba una sensación de triunfo. Lo habían emplazado; podía negarse; esto le parecía una ventaja.

—Me imaginaba que había un maldito sinsentido —continuó—.
Todo es una conspiración, una condenada conspiración. Diles que no voy. Prefiero condenarme antes que ir contigo. Vine aquí para obtener lo que merezco, ¿lo ves? No vine para andar lloriqueando por caridad ni pegado a tu sombra. Si son tan amables y me privan de tu compañía, regreso a casa.
Parecía casi feliz ahora que podía, en cierto sentido, amenazar.

—Eso es lo que haré —repetía—, me iré a casa. No vine aquí a que me trataran como a un perro. Me voy a casa. Eso es lo que haré.
Todos ustedes pueden reventar...
Por fin, sin dejar de murmurar, pero vacilando un poco mientras se abría paso en la dura hierba, se alejó.

4

Hubo silencio un momento bajo los cedros. De súbito, pad, pad, pad, se quebró. Dos leones de patas de terciopelo aparecieron dando saltos en un claro, mirándose a los ojos. Empezaron a retozar solemnemente. Sus melenas indicaban que venían de sumergirse en el río cuyo ruido escuchaba cerca, aunque los árboles lo ocultaban.

No me gustaban demasiado esos acompañantes, así que me moví en busca de ese río. Atravesé algunos arbustos floridos y di con él. Los arbustos llegaban casi hasta la ribera. Era tan liso como el Támesis y fluía con la velocidad de un torrente de montaña. Las aguas, de un verde pálido allí donde en ellas los árboles se reflejaban, eran tan transparentes que alcanzaba a ver las piedrecillas del fondo. Muy cerca vi que estaba otro de los personajes brillantes en plena conversación con un fantasma. Era el gordo de voz culta que me había hablado en el autobús; parecía llevar polainas.

—Hijo querido, qué gusto de verte —le estaba diciendo al espíritu, que iba desnudo y era cegadoramente blanco—. El otro día estuve hablando con tu pobre padre y nos preguntábamos dónde estarías.

—¿No lo trajo? —dijo el otro.

—Bueno, no. Vive muy lejos del autobús y, para serte franco, se ha puesto un tanto excéntrico últimamente. Un poco difícil.
Perdiendo el control. Nunca estuvo preparado para hacer grandes esfuerzos, sabes. Si recuerdas bien, solía irse a dormir cada vez que nos poníamos a conversar en serio. Ah, Dick, nunca olvidaré esas conversaciones. Espero que hayas cambiado un poco tus puntos de vista. Te habías cerrado bastante hacia el final de tu vida. Pero sin duda que otra vez debes haber ampliado tus ideas.

—¿Qué me quiere decir?

—Bueno, ahora es obvio, verdad, que no tenías toda la razón.

¡Pero, querido muchacho, si habías llegado a creer en la existencia literal de un cielo y un infierno!

—¿Pero no es así?

—Oh, en sentido espiritual, sin duda. Todavía creo, así, en eso. Sigo buscando el reino, mi querido niño. Pero nada supersticioso ni mitológico...

—Perdón. ¿Dónde cree que ha estado?

—Ah, ya veo. Me estás diciendo que la ciudad gris con esa constante esperanza de la mañana (debemos vivir según la esperanza, ¿verdad?), con su campo para el progreso indefinido, es, en cierto sentido, el cielo, si sólo tuviéramos ojos para verlo. Es una hermosa idea.

—No quise decir eso; de ningún modo. ¿Es posible que no sepa dónde ha estado?

—Ahora que lo dices, creo que nunca le dimos un nombre. ¿Cómo la llamas?

—La llamamos infierno.

—No hace falta ser agresivo, muchacho. Puede que no sea muy ortodoxo, en el sentido que das a la palabra, pero me parece que, verdaderamente, estos asuntos se deben exponer con sencillez, seriedad y reverencia.

—¿Hablar reverentemente del infierno? Dije exactamente lo que dije. Usted ha estado en el infierno. Aunque, si no desea regresar, lo puede llamar purgatorio.

—Continúa, querido muchacho, continúa. Esto parece tan de ti. Sin duda me podrás decir por qué, según tú, me enviaron allí. No estoy molesto.

—¿Pero acaso no lo sabe? Lo enviaron allí porque es usted un apóstata.

—¿Hablas en serio, Dick?

—Completamente.

—Esto es peor de lo que creía. ¿Crees, de verdad, que se castiga a la gente por sus opiniones más honestas? Suponiendo, claro, para seguir la conversación, que esas opiniones fueran erróneas.

—¿Acaso no cree usted que hay pecados de la inteligencia?

—Por cierto que sí, Dick. Hay los prejuicios más cerrados, la deshonestidad intelectual, la pusilanimidad, el inmovilismo. Pero las opiniones honestas, que se siguen sin miedo... no son pecado.

—Ya sé que solíamos conversar así. Lo hice hasta el final, cuando me convertí en caso ejemplar de lo que usted llamaría estrechez mental. Y todo depende de lo que llamemos opiniones honestas.

—Las mías lo eran, evidentemente. No sólo eran honestas, sino heroicas. Las afirmé sin miedo. Cuando la doctrina de la Resurrección dejó de satisfacer las facultades críticas con que Dios me dotó, la rechacé abiertamente. Prediqué mi famoso sermón.
Desafié a toda la facultad. Corrí todos los riesgos.

—¿Qué riesgos? ¿Qué otra cosa podía resultar de todo ello aparte de lo que efectivamente resultó..., popularidad, ventas para sus libros, invitaciones, un obispado finalmente?

—Dick, esto no es digno de ti. ¿Qué estás insinuando?

—Amigo mío, no estoy insinuando nada. Vea usted, ahora sé.
Seamos francos. Nuestras opiniones no fueron tan honestas. Nos encontramos, sencillamente, en contacto con* una determinada corriente de ideas y nos sumergimos en ella porque nos pareció moderna y exitosa. En la universidad empezamos a escribir automáticamente el tipo de ensayos que servían para obtener buenas calificaciones, diciendo el tipo de cosas que merecerían aplausos. Me parece que nunca, en toda la vida, enfrentamos honestamente, en soledad, la única pregunta en torno a la cual gira todo: ¿ocurre, al cabo, lo sobrenatural? ¿Resistimos alguna vez, realmente, la pérdida de nuestra fe?

—Si pretendes hacer un esquema de la génesis de la teología liberal, en general, te respondo que eso es pan-fletario. ¿Me vas a decir que hombres como...?

—No pretendo generalizar nada. Sólo me refiero a usted y a mí.
Oh, y como ama su propia alma, recuerde. Sabía que los dos estábamos jugando con dados cargados. No queríamos que el otro tuviera razón. Temíamos un salvacionismo burdo, el quiebre con el espíritu del tiempo, el ridículo; temíamos especialmente los verdaderos temores y esperanzas.

—No voy a negar que los jóvenes pueden cometer errores.
Pueden estar influidos por las modas de pensamiento. Pero no se trata de cómo se forman las opiniones. El punto es que aquéllas eran mis honestas opiniones, expresadas con sinceridad.

—Por supuesto. Si uno se deja a la deriva, si no resiste, si no reza, si acepta cualquier demanda semicons-ciente de sus deseos, se llega a un punto en que ya no se cree en la Fe. Del mismo modo, un hombre celoso, a la deriva y sin fuerzas para resistir, puede llegar a un punto en que cree cualquier mentira sobre su mejor amigo; también el ebrio llega a un punto en el cual cree (de momento) que otro vaso no le hará daño. Esas creencias son sinceras en el sentido que efectivamente ocurren como sucesos psicológicos en la mente.
Si eso me quiere usted significar con sinceridad, son sinceras, y lo eran las nuestras. Pero los errores, sinceros en ese sentido, no son inocentes.

—¡Estás a punto de justificar la Inquisición!

—¿Por qué? El que la Edad Media haya errado en una dirección, ¿acaso significa que no hay error posible en la dirección opuesta?

—Bueno, esto es extremadamente interesante —dijo el fantasma episcopal—. Es un punto de vista. Por cierto que es un punto de vista. Mientras...

—No hay mientras —respondió el otro—. Todo eso terminó. No estamos jugando. Le he estado hablando del pasado (del suyo y

del mío) sólo para que lo deje usted para siempre. Basta un tirón y saldrá el diente. Puede empezar como si nada hubiera ido mal. Blanco como la nieve. Todo es verdad, verdadero, verá usted. El está en mí, para usted, con ese poder. Y... he caminado mucho para reunirme con usted. Ha visto el infierno. Está viendo, mejor, tiene a la vista el cielo. ¿Se va a arrepentir, va a creer, ahora?

—No estoy seguro de estar entendiendo exactamente lo que me quieres decir —dijo el fantasma.

—No estoy tratando de demostrar nada —respondió el espíritu—. Le estoy diciendo que se arrepienta y que crea.

—Pero hijo querido, si ya creo. Es posible que no estemos completamente de acuerdo, pero me estás juzgando muy mal si no adviertes que mi religión es muy concreta y real y que la estimo mucho.

—Muy bien —dijo el otro, como si cambiara de plan—. ¿Va usted a creer en mí?

—¿En qué sentido?

—¿Vendrá conmigo a las montañas? Al principio le dolerá un poco, hasta que se le endurezcan los pies. La realidad resulta dura para los pies de sombra. ¿Pero vendrá usted?

—Bueno, sí que es un buen programa. Estoy dispuesto a considerarlo. Por cierto, necesito de algunas garantías... Me gustaría tener la seguridad de que me estás llevando a un lugar donde se me ampliará la esfera de utilidad, donde tendrán mayor alcance los talentos que Dios me ha concedido, donde el ambiente será propicio para la libertad de pensamiento, en una palabra, donde habrá lo que uno entiende por civilización y... uh... por vida espiritual.

—No —dijo el otro—. No le puedo prometer nada de eso.
Ninguna esfera de utilidad; allí no le necesitan para nada. Ni el menor alcance para sus talentos; sólo el perdón por haberlos pervertido. Ningún ambiente propicio para la crítica: le llevo a la

tierra de las respuestas, no de las preguntas. Y verá el rostro de Dios.

—¡Ah, pero debemos interpretar esas bellas palabras a nuestro modo! No creo que exista nada semejante a una respuesta definitiva.
El viento libre de la crítica debe seguir soplando siempre en la mente, ¿o no? "Demuestra todo"... Viajar con esperanza es mejor que llegar.

—Si eso fuera cierto, y se supiera que es cierto, ¿cómo podría nadie viajar esperanzadamente? No habría nada que esperar.

—¿Pero verdad que sientes que hay algo de estrecho y rígido en la idea de finalidad? El inmovilismo, querido muchacho... ¿Hay algo más destructor del alma que el inmovilismo?

—Así lo cree, porque hasta ahora solamente ha experimentado la verdad con la inteligencia abstracta. Le llevaré donde la podrá saborear como si fuera miel, donde le abrazará como una novia. Y le saciará la sed.

—Bueno, en verdad, verás, no creo que tenga una sed de alguna verdad ya dispuesta y capaz de acabar con la actividad intelectual del modo que pareces estar describiendo. ¿Me dejará libertad mental, Dick? Tengo que insistir en ello.

—Quedará libre como es libre de beber el hombre mientras está bebiendo. Sin embargo, no es libre entonces para estar seco.
El fantasma pareció pensar un instante.

—Esa idea no me conduce a ninguna parte —dijo al fin.

—¡Escuche! —expresó el espíritu blanco—. Alguna vez fue niño. Alguna vez supo del objetivo de las preguntas. Hubo un tiempo en que preguntaba porque quería respuestas y se alegraba cuando las hallaba. Vuelva a ser ese niño. Incluso ahora.

—Ah, pero cuando me hice hombre, dejé de lado las cosas de niño.

—Se ha equivocado mucho. La sed se hizo para el agua; la pregunta para la verdad. Lo que hoy llama juego libre de la crítica tiene tanto que ver con los fines para los cuales se le concedió inteligencia como la masturbación con el matrimonio.

—Si no podemos ser respetuosos, por lo menos tampoco es necesario ser obscenos. La insinuación de que debo regresar a la infancia para recuperar la capacidad de preguntar por los hechos me parece impertinente. En cualquier caso, este asunto de la concepción del pensamiento como ejercicio de preguntas y respuestas sólo atañe a materias de facto. Las preguntas religiosas y especulativas pertenecen, sin duda, a otro nivel.

—Aquí no sabemos nada de religión; sólo pensamos en Cristo.
Nada sabemos de especulaciones. Venga y verá. Le llevaré al Hecho Eterno, al Padre de todo lo factible.

—Debo objetar vigorosamente esa descripción de Dios como "hecho". Valor Supremo sería, seguramente, una descripción menos inadecuada. Resulta difícil...

—¿Ni siquiera cree que existe?

—¿Existe? ¿Qué significa existencia? Siempre estás suponiendo una suerte de realidad' estática, ya dispuesta, que está, digamos, "allí", y a la cual nuestra mente tiene, sencillamente, que adaptarse.
Estos grandes misterios no se pueden enfocar así. Si hubiera tal cosa (y no hace falta que me interrumpas, querido muchacho), francamente, no me debería interesar. No tendría significación religiosa alguna. Dios, para mí, es algo puramente espiritual. El espíritu de la dulzura, de la luz, de la tolerancia y... uh... del servicio, Dick, servicio. No debemos olvidar eso, verás.

—Si la sed de la razón verdaderamente ha muerto... —dijo el espíritu, y se interrumpió, ponderando lo que pensaba—. ¿Pero puede, por lo menos —agregó de súbito—, desear todavía la felicidad?

—La felicidad, mi querido Dick —dijo el fantasma, con placidez—, la felicidad, como advertirás cuando seas mayor, yace en el

sendero del deber. Lo cual me recuerda... Bendita sea mi alma, casi me olvido. Por supuesto que no puedo ir contigo. Tengo que regresar el viernes a leer una comunicación. Allá abajo tenemos una pequeña sociedad teológica. ¡Oh, sí! Y hay gran actividad intelectual.
Quizás de no muy alta calidad. Se advierte cierta incapacidad de precisión... , cierta confusión mental. En eso les puedo ser de alguna utilidad. Incluso hay celos lamentables... No sé por qué, pero el temperamento general parece menos controlado que antes. No obstante, uno no debe esperar demasiado de la naturaleza humana.

Creo que puedo realizar una gran obra entre ellos. ¡Pero ni siquiera me has preguntado de qué trata mi comunicación! Me estoy apoyando en el texto sobre crecer a la medida de la estatura de Cristo, y trabajando una idea que estoy seguro te va a interesar. Voy a destacar que la gente siempre olvida que Jesús —en este momento el fantasma se inclinó— era un hombre relativamente joven cuando murió. Habría superado alguno de sus iniciales puntos de vista, sabrás, si hubiera vivido más. Y lo mismo habría hecho con un poco más de tacto y paciencia. Le voy a preguntar a mi público cuáles habrían sido sus ideas maduras. Una pregunta del más profundo interés. ¡Qué cristianismo diferente habríamos tenido si sólo su fundador hubiera alcanzado toda su estatura! Voy a finalizar señalando cómo esto ahonda la significación de la cruz. Por primera vez uno siente el desastre que fue: qué desperdicio más trágico...

Tanta promesa interrumpida. Oh, ¿te tienes que marchar? Bueno, yo también. Adiós, querido muchacho. Ha sido un placer. Muy estimulante y provocativo. Adiós, adiós, adiós.

El fantasma saludó con la cabeza y sonrió al espíritu con su sonrisa clerical más brillante —o con la mejor aproximación que sus insustanciales labios podían controlar— y se volvió, entonando para sí mismo "Ciudad de Dios, qué grande y distante".

Pero no lo seguí mirando. Acababa de tener otra idea. Si la hierba era dura como roca, pensé, ¿no sería también dura el agua como para caminar por ella? La toqué con un pie; no me hundí. Me instalé, audazmente, en esa superficie. Caí de cabeza y me hice

más de una molesta magulladura. Olvidé que si bien era sólida también estaba en movimiento; y rápido. Cuando volví a incorporarme, ya estaba a unos diez metros del punto donde había abandonado la hierba. Pero esto no me impedía caminar contra la corriente; sólo significaba que avanzaba muy poco por más rápido que fuera.

5

La superficie fría y suave del agua brillante resultaba una delicia para mis pies. Caminé más de una hora. Avancé unos doscientos metros. La marcha era más difícil. La comente iba a mayor velocidad. Espuma, islas de espuma, se precipitaban contra mí, me golpeaban como piedras si no me apartaba. La superficie se volvió irregular, se redondeaba en huecos y en eminencias de agua que distorsionaban el aspecto de las piedras del fondo y me privaban de equilibrio. Debí arreglármelas para volver a la ribera. Esos alrededores eran de grandes piedras planas y pude continuar viaje sin dañarme los pies. Un ruido inmenso, pero amable, reverberaba en la selva. Horas después, al rodear una saliente,vi la explicación. Ante mí había verdes colinas que creaban un amplio anfiteatro y encerraban un lago espumoso y ondeante en el cual caía, entre rocas de colores, una vertiente. Una vez más advertí que algo les estaba sucediendo a mis sentidos. Recibían impresiones que normalmente habrían excedido su capacidad. Esa vertiente era en realidad una catarata y, en tierra, nunca la habría percibido enteramente: era demasiado grande. Su sonido habría producido terror en kilómetros a la redonda. Aquí, después de la primera impresión, la sensibilidad se me adaptó tal como un barco bien construido se adapta a las grandes olas. No cabía en mí de felicidad. O de alegría. El ruido, aunque gigantesco, era como la risa de gigantes, como el alboroto de toda una congregación de gigantes que rieran, danzaran, cantaran, rugieran de gozo en sus trabajos.

Cerca del lugar donde se hundía la vertiente en el lago había un gran árbol. Empapado de humedad, velado por la espuma, reverberando con los innumerables pájaros brillantes que volaban entre sus ramas, se alzaba en muchas formas de amplísimo follaje, enorme como nube de pantanos. Manzanas de oro resplandecían entre las hojas mirara uno donde mirara.

Una súbita aparición, en primer plano, me distrajo la atención.

Un arbusto espinoso, a no más de veinte metros, parecía comportarse de modo extraño. Noté entonces que no era el

arbusto, sino algo que estaba de pie, muy cerca, junto al arbusto. Advertí, finalmente, que era uno de los fantasmas. Se agachaba, como para ocultarse de algo más allá. Me miraba y me hacía señas. Me estaba indicando que también me ocultara. Como no podía ver de qué se trataba ni cuál era el peligro, me moví lo más rápido que pude.

En esos momentos, el fantasma, después de mirar atentamente en todas direcciones, se aventuraba más allá del arbusto. No podía avanzar muy rápido, debido a la hierba que le torturaba los pies, pero era obvio que marchaba a la mayor velocidad que podía y directamente hacia otro árbol. Allí se detuvo otra vez. Se quedó pegado al tronco como si tratara de protegerse. Ahora le cubrían las sombras de las ramas y pude verle mejor: era el tocado de elegante sombrero, a quien el fantasma grande había llamado Ikey. Se quedó, jadeando, junto al árbol cerca de diez minutos. No dejaba de observar el terreno con sumo cuidado. Hasta que volvió a precipitarse hacia otro árbol, si es que podemos hablar de que fuera posible allí precipitarse a nada. De este modo, con infinito cuidado y trabajo no menos infinito, tardó una hora en llegar al gran árbol. Es decir, llegó a unos diez metros del gran árbol.

Allí lo detuvieron. Había un cerco de lirios alrededor del árbol, un obstáculo insuperable para el fantasma. Tratar de pasar por encima era tan difícil como arrastrarse por una trinchera antitanque.

Se lanzó al suelo y trató de reptar entre los lirios, pero estaban muy cerca unos de otros y no se doblaban. Todo el tiempo parecía ser presa del terror de lo desconocido. Cada susurro del viento lo hacía detenerse y vacilar. Una vez el canto de un pájaro lo hizo regresar a toda prisa hasta su escondite anterior. Pero nuevamente el deseo lo impulsaba a arrastrarse hacia el árbol. Le vi apretarse las manos y estremecerse de frustración.

El viento parecía aumentar. Vi que el fantasma apartaba una mano y se metía el pulgar en la boca. Se la había dañado sin duda con los lirios que agitó el viento. Hubo entonces una ráfaga violenta.
Las ramas del árbol se estremecieron. Media docena de manzanas cayeron junto al fantasma. Alguna le cayó encima. Gritó, pero se controló de inmediato. Pensé que el peso de la manzana dorada

podía incapacitarlo. Y, por cierto, tardó varios minutos en incorporarse. Se quedó temblando, tratando de curarse las heridas.

Pero pronto estaba otra vez trabajando. Pude ver que intentaba, febrilmente, llenarse los bolsillos de manzanas. Era inútil, por supuesto. Sus ambiciones fracasaban a ojos vista. Abandonó la idea de los bolsillos llenos; bastaría con dos. Abandonó la idea de dos; bastaría con una, con la mayor de todas. Abandonó esa esperanza.

Buscaba ahora la más pequeña. Trataba de encontrar alguna lo bastante pequeña para llevársela.

Lo sorprendente fue que lo consiguió. Cuando recordé lo que pesaba esa hoja que traté de levantar, no pude menos que admirar a esa infeliz creatura cuando la vi, vacilando sobre sus pies, pero realmente con la más pequeña de las manzanas en la mano. Estaba agotado por sus heridas, doblado en dos por el peso. No obstante, a pesar de todo eso, centímetro a centímetro, todavía buscando refugio en todo sitio apropiado a ese efecto, inició su vía dolorosa hacia el autobús con su tortura a cuestas.

—Loco. Déjala —dijo de súbito una gran voz.

Era completamente distinta a toda voz que hubiera escuchado antes. Era atronadora y al mismo tiempo cristalina. Tuve la asombrosa certidumbre de que era esa catarata la que estaba hablando. Y vi ahora (aunque no cesaba de parecer una gran vertiente) que era un gran ángel brillante lo que allí estaba situado, como en cruz, contra las rocas y vertiéndose continuamente hacia la selva con ruidosa alegría.

—Loco —dijo—, déjala. No puedes llevártela. No hay sitio para ella en el infierno. Quédate aquí y aprende a comer esas manzanas.
Las mismas hojas y la misma hierba del bosque gozarán enseñándote.

Ignoro si el fantasma escuchó. En cualquier caso, luego de una pausa de algunos minutos, se sumergió otra vez en sus agonías y continuó con mayor cuidado aún hasta que lo perdí de vista.

6

Si bien contemplé con cierta complacencia las desventuras del fantasma del sombrero, noté, cuando me hallé solo, que no podía soportar la presencia del gigante del agua. Al parecer no me prestaba la menor atención, pero empecé a ser consciente de mí mismo. Creo que había más de alguna fingida displicencia en mis movimientos cuando me retiré caminando por las rocas planas, torrente abajo de nuevo. Empezaba a sentirme cansado. Observé un pez de plata que avanzaba velozmente cerca del lecho del río. Ojalá esas aguas resultaran permeables para mí también. Me habría gustado una inmersión.

—¿Pensando en regresar? —dijo una voz, muy cerca.

Me volví y me encontré con un alto fantasma apoyado contra un árbol, chupando un fantasmal habano. Era la voz de un hombre delgado, casi escuálido, de pelo encrespado y gris; no una voz sin educación. Era el tipo de persona que instintivamente me inspira confianza.

—No lo sé —le dije—. ¿Y usted?

—Sí —me contestó—. Creo que ya he visto todo lo que hay que ver.

—¿No piensa quedarse?

—Es pura propaganda —dijo—. Por supuesto que nunca han pretendido que nos quedemos. La fruta no se puede comer ni se puede beber el agua; te ocuparía toda una vida caminar cierta distancia en esta hierba. Aquí no puede vivir un ser humano. Toda esa idea de quedarse no es más que truco de propaganda.

—¿Entonces por qué vino usted?

—Oh, no lo sé. Sólo para echar un vistazo. Soy del tipo que gusta de ver las cosas por sí mismo. Allí donde he estado siempre echo

un vistazo a cualquier cosa que está por desmoronarse. Cuando fui al Oriente, fui a Pekín. Cuando...

—¿Cómo estaba Pekín?

—Nada de nada. Una muralla tras otra. Un truco para turistas. He estado muy bien en todas partes. Cataratas del Niágara, pirámides, Salt Lake City, el Taj Mahal...

—¿Y cómo era eso?

—No valía la pena. Son todos trucos publicitarios. Las mismas personas lo manejan todo. Hay una conspiración, sabrá usted, una conspiración mundial. Toman un atlas y deciden dónde hay un panorama digno de verse. No importa lo que escojan: cualquier sitio es lo mismo siempre que se maneje bien la publicidad.

—¿Y usted ha vivido... uh... allá abajo... en la ciudad... algún tiempo?

—¿En lo que llaman infierno? Sí. También falso. Te hacen esperar fuego y demonios y todo tipo de gente interesante engrillada —Enrique VIII y todo eso—, pero cuando llegas allí no es sino una ciudad más.

—Prefiero estar aquí —le dije.

—Bueno, no sé qué sentido tiene esta charla —dijo el fantasma escuálido—. Esto me parece tan bueno como cualquier otro parque, y condenadamente incómodo.

—Parece existir la idea de que si uno se queda aquí se va a... bueno... se va a volver más sólido, se va a aclimatar.

—Ya conozco todo eso —agregó el fantasma—. La misma mentira vieja. La gente me ha estado contando ese tipo de cosas toda la vida. De niño me dijeron que si era bueno sería feliz. Y en la escuela me enseñaron que el latín sería más fácil a medida que progresara. Al mes de casado, un imbécil me dijo que al principio siempre había dificultades, pero que con tacto y con paciencia todo se arreglaba, ¿y acaso no me han dicho durante dos guerras

mundiales de la buena época que vendría si sólo era buen muchacho y dejaba que me dispararan a matar? Y por cierto que van a jugar aquí el mismo juego si hay un solo imbécil que los escuche.

—¿Pero quiénes son "ellos"? Quizás esto lo dirija alguien distinto.

—¿Una gerencia completamente distinta? ¡No se lo crea! Nunca hay una gerencia nueva. Siempre se hallará con el mismo viejo círculo. Lo sé todo, querido, la mamá tan amable que te visita en el dormitorio y te sonsaca todo lo que quiere saber, pero siempre te toparás con que ella y tu padre siguen tan firmes, como si nada. ¿Acaso no hemos descubierto que los dos bandos de todas las guerras estaban dirigidos por las mismas compañías de armamentos?
O por la misma firma, que está detrás de los judíos y del Vaticano y de los dictadores y de las democracias y de todo el resto. Y todo este asunto de aquí arriba está manejado por la misma gente de la ciudad de abajo. Se están riendo de nosotros.

—¿Pero no están en guerra?

—Por supuesto que usted se lo cree. Es la versión oficial. ¿Pero quién ha visto alguna evidencia de eso? Oh, ya sé que así hablan.
Pero si hubiera alguna guerra de verdad, ¿por qué no hacen nada?
¿No se da cuenta de que si la versión oficial fuera verdadera esta gente de acá arriba ya habría atacado y barrido a la ciudad de abajo?
Tienen la potencia para hacerlo. Si quisieran rescatarnos ya lo habrían hecho. Pero es obvio que lo último que desean es acabar con esa "guerra." Todo el juego depende de que continúe funcionando.
Este relato me pareció incómodamente plausible. No dije nada.

—En cualquier caso —continuó el fantasma—, ¿quién quiere que lo rescaten? ¿Qué diablos habría que hacer aquí?

—¿Y qué hay que hacer allá? —dije yo.

—Nada —respondió el fantasma—. Nos tienen de ambos lados.

—¿Y qué le gustaría hacer si pudiera? —pregunté.

—¡Allá vamos! —exclamó el fantasma, en tono algo triunfal—.

Me está pidiendo a mí que haga un plan. ¿Pero acaso no corresponde a la gerencia hallar algo que no nos aburra? Es su trabajo. ¿Por qué vamos a hacerlo en su lugar? En esto, justamente, los moralistas han puesto las cosas de cabeza. No cesan de pedirnos que cambiemos.

Pero si la gente que maneja el espectáculo es tan inteligente y poderosa, ¿por qué no inventa algo adecuado para su público? Toda esa charla sobre endurecerse para que la hierba no nos hiera los pies... ¡Ahora! Un ejemplo: ¿qué diría usted si llega a un hotel donde todos los huevos están podridos y cuando se queja al jefe, éste, en lugar de disculparse y de cambiar de proveedor, le dice a usted que si hace un esfuerzo los huevos podridos le llegarán a gustar? Bueno, mejor seguir la marcha —dijo el fantasma tras un breve silencio—.

¿Me acompaña?

—No parece tener mucho sentido acompañarle a ninguna parte —contesté, aquejado ya de un gran cansancio—. Aquí, por lo menos, no llueve.

—Por ahora no —dijo el fantasma escuálido—. Pero nunca he visto que estas mañanas brillantes no terminen en lluvias. ¡Y, demonios, si llega a llover! ¿No se le ha ocurrido pensar que con el agua que hay aquí cada gota de lluvia le hará un agujero como el de una ametralladora? Esa es la bromita de éstos, verá usted. En primer lugar te asombran con un suelo por donde no puedes caminar y con agua que no puedes beber y después te agujerean entero. Pero a mi no me van a cazar así. Se marchó pocos minutos más tarde.

7

Me senté, inmóvil, en una piedra junto a la ribera. Me sentía tan mal como nunca en la vida. Hasta ese momento no se me había ocurrido dudar de las intenciones de la gente sólida ni tampoco poner en duda la bondad esencial del país, aunque fuera uno en que no pudiera habitar yo mismo. En cierto momento, en realidad, se me había ocurrido que si esa gente sólida era tan benevolente como lo había oído proclamar a un par de ellos, podrían haber hecho algo para ayudar a los habitantes de la ciudad, algo más que sólo reunirse con ellos en esta pradera. Entonces pensé en una explicación terrible.

¿Y si jamás nos hubieran deseado el bien? ¿Y si este viaje se hubiera permitido a los fantasmas sólo para hacerlos objeto de burla? Mitos y doctrinas horribles se me acumularon en la memoria. Recordé cómo habían castigado los dioses a Tántalo. Recordé el lugar del libro de la Revelación donde dice que el humo del infierno asciende siempre a la vista de los espíritus benditos. Recordé cómo el pobre Cowper, que soñaba que finalmente no estaba condenado a la perdición, supo en seguida que el sueño era falso y dijo "éstas son las flechas más agudas de Su aljaba". Era claramente verdadero lo que el fantasma escuálido había dicho sobre la lluvia. Hasta una gota de rocío bastaría para hacerme pedazos. No lo había pensado antes. ¡Y con qué facilidad podría haberme aventurado entre la espuma de la cascada!

La sensación de peligro, que nunca me abandonaba por completo desde que dejé el autobús, adquirió súbita urgencia.

Observé los árboles, las flores, la catarata hablante: empezaban a parecerme insoportablemente siniestras. Insectos brillantes volaban de un lado a otro. Si alguno me golpeaba la cara, ¿acaso no iba a atravesarme? Si se posaban en mi cabeza, ¿no me aplastarían contra la tierra? El terror me murmuraba: "éste no es lugar para ti". Recordé también los leones.

No tenía ningún proyecto claro. Me levanté y empecé a alejarme del río en dirección hacia donde los árboles parecían estar más

cerca unos de otros. No me había decidido a regresar al autobús, pero quería evitar los espacios abiertos. Si sólo pudiera hallar la huella de una prueba de que verdaderamente era posible que un fantasma se quedara —de que la opción no fuera una comedia cruel—, no regresaría entonces. Mientras no fuera así, continuaría; pero sin dejar de observarlo todo con la mayor atención. Al cabo de aproximadamente media hora llegué a un claro con algunos arbustos en su centro. Me detuve, inseguro de si debía cruzarlo. Entonces advertí que no estaba solo.

Un fantasma avanzaba por el claro tan rápido como se lo permitía ese territorio nada fácil. Miraba de soslayo como si lo persiguieran. Noté que había sido una mujer. Una mujer elegante, pensé, aunque las sombras de su atuendo lucían algo lúgubres a la luz de la mañana. Se encaminaba hacia los arbustos. No consiguió adentrarse en ellos —las ramas y hojas eran demasiado duras—, pero se apretó contra ellos cuanto pudo. Parecía creer que se estaba ocultando.

Poco después escuché el sonido de unos pies ligeros y surgió a la vista una de las personas brillantes. Uno siempre notaba esos sonidos, porque los fantasmas no hacían ruido alguno al marchar.

—¡Vete! —aulló la fantasma—. ¡Vete! ¿No ves que quiero estar sola?

—Pero necesitas ayuda —dijo el sólido.

—Si tienes algún rasgo de decencia, vete —reiteró la fantasma— , márchate. No quiero ayuda. Quiero que me dejen sola. Así que márchate. Sabes que no puedo andar rápido, sabes que estas horribles espinas no me dejan alejarme. Es verdaderamente abominable que te aproveches de esto.

—¡Oh, eso! —dijo el espíritu—. Eso se arreglará muy pronto.

Pero vas en la dirección equivocada. Es hacia allá, hacia las montañas, donde necesitas ir. Te puedes apoyar en mí todo el camino. Yo no puedo llevarte, de ningún modo; pero no te hará falta demasiado: te molestará menos con cada paso que des.

—No tengo miedo del dolor. Ya lo sabes.

—¿Entonces qué te importa?

—¿No puedes entender nada? ¿De verdad crees que voy a ir así con toda esa gente?

—¿Y por qué no?

—Nunca habría venido si hubiera sabido que todos ustedes iban a estar vestidos así.

—Amiga, no estoy vestido en absoluto.

—No me refería a eso. Vete de una vez.

—¿Pero nunca me vas a decir por qué?

—Si no puedes comprender, para qué te voy a explicar nada.
¿Cómo voy a ir así entre tanta gente con cuerpos realmente sólidos?
Esto es mucho peor que salir en la tierra sin nada encima. ¿Acaso no me atraviesan todos con la mirada?

—Oh, ya veo. Pero todos éramos un poco fantasmales cuando llegamos. Eso se acaba. Ven y trata de ver.

—Pero ellos me verán.

—¿Y qué importa?

—Prefiero morir.

—Pero si ya has muerto. No tiene sentido tratar de volver a eso.
La fantasma emitió un sonido entre gemido y gruñido.

—Ojalá no hubiera nacido —dijo—. ¿Para qué nacimos?

—Para una felicidad infinita —contestó el espíritu—. Y puedes alcanzarla ahora, en cualquier momento...

—Pero, te lo dije, me van a ver.

—Y después de una hora ya no te va a importar. Un día más tarde te reirás de todo esto. ¿No recuerdas que en la tierra había cosas demasiado calientes para tocarlas con los dedos, pero que se podía beber sin problemas? La vergüenza es como eso. Si la aceptas, si te bebes la copa de un trago, la hallarás muy nutritiva. Pero te quemará si tratas de hacer cualquier otra cosa con ella.

—¿De verdad lo crees? —dijo la fantasma y se interrumpió.
Casi no podía tolerar el suspenso. Me parecía que mi propio destino dependía de su respuesta. Podría haberme arrojado de rodillas y haberle rogado que cediera.

—Sí —respondió el espíritu—. Ven e inténtalo. Creí que la fantasma iba a obedecer. Se movió. Pero exclamó, de súbito:

—No, no puedo. Te dije que no puedo. Un momento, mientras hablabas, casi creí que..., pero llegado el caso... No tienes derecho a pedirme algo como eso. Es desagradable. Nunca me lo perdonaría.
Nunca, nunca. Y no es justo. Nos tendrían que haber avisado. Nunca habría venido entonces. Y ahora, por favor, ¡vete!

—Amiga —dijo el espíritu—, ¿no puedes dejar de pensar un momento en ti misma?

—Ya te contesté —elijo la fantasma, con frialdad, pero aún llorosa.

—Entonces sólo queda una medida posible —agregó el espíritu y, cosa que me sorprendió completamente, se llevó un cuerno a la boca y sopló con fuerza. Me tapé las orejas con las manos. La tierra parecía temblar. El bosque entero se estremeció y dobló con el sonido. Creo que después hubo una pausa (aunque no era nada claro), antes de que se escuchara el galopar de infinidad de cascos, muy lejos al principio, pero mucho más cerca antes de que los identificara y muy pronto tan cerca que empecé a buscar un lugar más seguro. Antes de que lo encontrara, ya tenía el peligro encima.

Una manada de unicornios venía tronando entre las hierbas. El más pequeño no medía menos de veintisiete palmos de altura, todos eran blancos como cisnes menos en el brillo rojo de ojos y narices y en el índigo resplandeciente de los cuernos. Todavía puedo recordar el sonido de la hierba húmeda bajo sus cascos, las ramas que se quebraban a su paso, los bramidos y los relinchos, cómo levantaban las patas delanteras y bajaban la cabeza apuntándose los cuernos imitando una batalla. Me pregunté, recuerdo, para qué batalla verdadera sería ese ensayo. Escuché el grito de la fantasma; creo que saltó desde los arbustos... quizás hacia el espíritu, pero no lo sé. No resistí más y huí sin cuidarme, de momento, de la horrible dureza bajo mis pies; sin atreverme, tampoco, a hacer la menor pausa. Así que nunca supe cómo terminó esa entrevista.

8

—¿Dónde piensa ir? —dijo una voz de fuerte acento escocés.

Me detuve a mirar. El sonido de los unicornios hacía mucho que no se escuchaba y la huida me había llevado a campo abierto. Vi las montañas donde yacía ese sol inmutable. En primer plano había tres pinos en una pequeña elevación junto a unas grandes rocas planas y algunos brezos. En una de las rocas estaba sentado un hombre muy alto, casi un gigante, de barba muy larga. Hasta ese instante nunca había mirado cara a cara a ningún sólido. Ahora, al hacerlo, descubrí que se los ve con una especie de doble visión. Allí estaba un dios brillante, entronizado, cuyo espíritu sin edad pesaba sobre el mío como un fardo cíe oro puro. Y, al mismo tiempo, allí había un anciano golpeado por todos los climas, quizás un pastor de otros tiempos; un hombre de esos que los turistas encuentran simples porque es honrado y que los vecinos encuentran "profundo" por la misma razón. Sus ojos tenían esa mirada de largo alcance de los que han vivido mucho en lo abierto, en lugares solitarios. Me pareció adivinar la red de arrugas que los debía rodear antes de que el renacimiento los limpiara con inmortalidad.

—No lo sé... muy bien —dije.

—Se puede sentar entonces, y conversar conmigo —agregó, y me hizo sitio en la roca.

—No lo conozco, señor —le dije, y me senté a su lado.

—Me llamo George —respondió—. George MacDonald.

—¡Oh! —exclamé—. ¡En tal caso me podrá contar! Usted sí que no me va a engañar.
Entonces, en el entendido de que estas expresiones de confianza requerían de alguna explicación, intenté, algo tembloroso, de decirle a este hombre todo lo que sus escritos me habían significado. Traté de contarle que una tarde helada en Leatherhead Station compré un ejemplar de Phantastes (tenía yo apenas

dieciséis años entonces) y que ese libro fue para mí lo que la primera visión de Beatrice fue para Dante: aquí empieza la vida nueva. Le empecé a confesar cuánto había tardado esa vida en abandonar las regiones de lo puramente imaginario, cuan lenta y reticentemente había llegado a aceptar que su cristiandad tenía una conexión más que accidental con ella, cuánto me había esforzado en no ver que el nombre verdadero de la calidad que encontraba en sus libros era lo sagrado. Me tomó una mano y me interrumpió.

—Hijo mío —me dijo—, tu amor —todo el amor— me resulta muy valioso. Pero ahorraremos bastante (en ese momento me pareció muy escocés) si te informo que ya estoy enterado de esos detalles biográficos. De hecho, ya he notado que la memoria te engaña en un par de detalles.

—¡Oh! —exclamé, y me quedé inmóvil.

—Has comenzado —dijo mi maestro— a hablar de algo más beneficioso.

—Señor —dije—, casi lo había olvidado, y en realidad no estoy muy ansioso de conocer la respuesta ahora, aunque la curiosidad no me abandona. Sobre esos fantasmas. ¿Se queda alguno de ellos? ¿Se puede quedar? ¿Tienen la opción? ¿Cómo llegan acá?

—¿Nunca oíste hablar del Refrigerium? Un hombre de tus antecedentes debería de conocerlo, por Prudencio. Y no hace falta mencionar a Jeremy Taylor.

—El nombre me resulta familiar, señor, pero creo que olvidé lo que significa.

—Significa que los condenados tienen vacaciones..., excursiones, comprendes.

—¿Excursiones a este país?

—Para los que quieran hacerlas. Por supuesto, la mayoría de esas tontas creaturas no lo hacen. Prefieren regresar a la tierra. Van y les hacen trucos a esas pobres mujeres que llaman médiums. Van

y tratan de recuperar la propiedad de alguna casa que alguna vez les perteneció: y así se forman los llamados fantasmas. Ó van a espiar a sus hijos. O los fantasmas literarios se pasean por las bibliotecas públicas para ver si alguien lee todavía sus libros.

—¿Pero se pueden quedar verdaderamente los que vienen acá?

—Sí. Habrás oído que el emperador Trajano lo hizo.

—Pero no entiendo. ¿El juicio no es final? ¿Hay una salida desde el infierno hacia el cielo?

—Depende de cómo uses las palabras. Si dejan esa ciudad gris, ésta deja de ser el infierno. Para todo el que la deja es el purgatorio.
Y quizás no convenga que llames cielo a este lugar. No cielo profundo, comprendes.
Me sonrió.

—Puedes llamarlo el valle de la sombra de la vida. Y, sin embargo, para los que se quedan es el cielo desde un principio. Y puedes llamar a esas calles tristes de aquella ciudad el valle de las sombras de la muerte. Pero para los que se quedan allí es el infierno incluso desde el principio.
Supongo que advirtió que estaba confundido, porque volvió a hablarme.

—Hijo mío —me dijo—, en tu estado actual no puedes comprender la eternidad. Cuando Ánodos miró por la puerta de lo sin tiempo no obtuvo mensaje alguno. Pero puedes obtener una similitud si dices que tanto el bien como el mal, cuando han crecido, son retrospectivos. No sólo este valle sino todo el pasado terrestre será el cielo para quienes se salvan. No sólo lo crepuscular de esa ciudad, sino toda la vida en la tierra será infierno para quienes se condenan. Eso es lo que no entienden los mortales. Hablan de un dolor temporal que "ninguna bendición futura podría equilibrarlo" sin saber que el cielo, una vez que se lo ha obtenido, trabaja hacia atrás y convierte en gloria cada sufrimiento. Y dicen de un placer pecaminoso: "déjenme gozar de esto y me haré cargo de las consecuencias". No se imaginan cómo se esparcirá la condenación por su pasado y cómo les contaminará el placer del pecado. Ambos

procesos empiezan antes de la muerte. El pasado del hombre bueno empieza a cambiar y sus pecados perdonados y sus penas recordadas adquieren cualidad de cielo. El pasado del hombre malo se configura según su maldad y sólo se llena de melancolía. Por esto, al fin de los tiempos, cuando el sol se alce aquí, y allá el crepúsculo se vuelva negra oscuridad, los benditos dirán "siempre hemos vivido en el cielo" y los perdidos, "siempre estuvimos en el infierno". Y ambos dirán la verdad.

—¿Y esto no es muy duro, señor?

—Eso es el sentido verdadero de lo que dirán. Las palabras reales de los perdidos, las palabras, serán distintas, sin duda. Uno dirá que siempre sirvió a su país bien o mal; otro, que sacrificó todo por el arte; algunos, que nunca se los llamó; otros, que, gracias a Dios, siempre buscaron al número uno; casi todos, que por lo menos fueron leales consigo mismos.

—¿Y los que se salven?

—Ah, los que se salven..., lo que les sucede se puede comprender como lo opuesto a un espejismo. Lo que parecía, al acercarse, un valle de dolor, se convierte, cuando lo miran otra vez, en un pozo; allí donde la experiencia presente sólo distingue desiertos de sal, la memoria indica, con verdad, que los pozos estaban llenos de agua.

—¿Entonces tiene razón la gente que afirma que cielo e infierno sólo son estados mentales?

—¡Uh! —dijo, en tono severo—. No blasfemes. El infierno es un estado mental... Nunca has dicho nada más verdadero. Y todo estado mental, por sí mismo, todo encerramiento de la creatura en la cárcel de su propia mente, es, en último término, infierno. Pero el cielo no es un estado mental. El cielo es la realidad misma. Todo lo plenamente real es cielo. Porque todo lo destruible será destruido y sólo quedará lo indestructible.

—¿Pero hay alguna opción después de la muerte? Mis amigos católicos se van a sorprender. Creen que las almas del purgatorio

ya están salvadas. Y mis amigos protestantes no se sentirán mejor: dicen que el árbol yace mientras está cayendo.

—Quizás todos tengan razón. No te molestes con esas preguntas.
No puedes comprender completamente las relaciones de opción y tiempo mientras no estés más allá de ambos. Y no te trajeron aquí para estudiar esas curiosidades. Lo que te concierne es la índole misma de la opción: y que puedes observarlos mientras optan.

—Bien, señor —dije—, eso también requiere una explicación.
¿Qué escogen esas almas que regresan? Hasta ahora no he visto otras. ¿Y cómo pueden escoger?

—Milton tenía razón —expresó mi maestro—. La opción de cada alma perdida se puede expresar con las palabras "mejor reinar en el infierno que servir en el cielo". Siempre hay algo que quieren mantener, aun al precio del dolor. Hay siempre algo que prefieren antes que la alegría, es decir, antes que la realidad. Es comprensible que un niño mal educado eche de menos sus juegos y su comida preferida; y que entonces sea incapaz de arrepentirse y ser amistoso.
A esto se lo llama caprichos. Pero subsiste en la vida adulta con cientos de nombres más sofisticados: la cólera de Aquiles y la grandeza de Coriolano, venganza y mérito herido y autoestima y grandeza trágica y orgullo.

—¿Así que nadie se pierde por vicios menores, señor? ¿Por mera sensualidad?

—Algunos, por cierto. El sensualista empieza persiguiendo un placer verdadero, aunque pequeño. Su pecado es menor. Pero llega un tiempo en el cual, si bien el placer disminuye y aumenta el deseo, y si bien sabe que el gozo nunca llegará de ese modo, prefiere disfrutar la mera caricia del placer implacable y se niega a aceptar que se lo quiten. Lucha hasta morir para mantenerlo. Le habría gustado rascarse; pero incluso cuando ya no puede rascarse le importa más la picazón que suprimirla.
Se quedó en silencio unos minutos y volvió a empezar.

—Comprenderás que hay innumerables modalidades de opción.
Algunas veces hay formas que difícilmente se piensan en la tierra.

Hubo una creatura que vino aquí no hace mucho y regresó. Lo llamaban Sir Archibald. En su vida terrestre sólo le había interesado la supervivencia. Escribió toda una estantería de libros sobre el tema.

Empezó filosóficamente, pero terminó dedicado a la investigación física. Todo esto se convirtió en su ocupación única: la experimentación, las conferencias, la dirección de una revista. Y también los viajes: sacó a la luz extrañas historias de los lamas del Tibet y pasó por el rito de iniciación de hermandades de África central. Quería pruebas y más pruebas y aún más pruebas.

Enloquecía si se encontraba con alguien que se interesaba en otras cosas. Tuvo serios problemas durante una de vuestras guerras: recorrió el país diciendo a todos que no lucharan porque así se desperdiciaba mucho dinero que se podía destinar a la investigación.

Bien, a su debido tiempo murió la pobre creatura y vino aquí.

Ningún poder del universo habría podido impedir que se quedara y fuera a las montañas. ¿Pero crees que eso le hizo algún bien? Esta región no le sirvió de nada. Todos los de aquí ya habían "sobrevivido". A nadie le importaba en lo más mínimo ese asunto. No había nada que demostrar. Su ocupación había terminado por completo. Por cierto, si sólo hubiera aceptado que había confundido el medio con el fin y se hubiera reído de buena gana de sí mismo, habría empezado de nuevo como un niño e ingresado a la alegría.

Pero no hizo eso. No le interesaba en absoluto la alegría. Finalmente se marchó.

—¡Fantástico! —exclamé.

—¿Así te parece? —me dijo el maestro, penetrándome con la mirada—. Lo que pensaba se parece mucho a lo que piensas. Ya ha habido hombres tan interesados en probar la existencia de Dios que terminan sin que Dios mismo les importe nada..., como si el buen Dios no tuviera otra cosa que hacer que existir... Hubo más de alguien tan interesado en la expansión del cristianismo que

nunca pensó en Cristo. ¡Hombre! Lo puedes ver en los detalles. ¿No has conocido a un amante de los libros que, con todas sus primeras ediciones y ejemplares firmados, ha perdido la capacidad de leerlos?

¿O a un organizador de obras de caridad que perdió el amor a los pobres? Es la más sutil de las trampas.

Quise cambiar de tema y le pregunté por qué los sólidos, que tan llenos de amor estaban, no bajaban entonces al infierno a rescatar a los fantasmas. ¿Por qué se contentaban sencillamente con reunirse con ellos en la llanura? Uno tiene derecho a esperar una caridad más militante.

—Quizás lo comprendas mejor antes de marcharte —me dijo—.

Entretanto, te debo decir que han ido más lejos, preocupados de los fantasmas, de lo que puedes comprender. Cada uno de nosotros sólo vive para internarse más y más en las montañas. Cada uno de nosotros ha interrumpido su viaje y retrocedido distancias interminables para bajar aquí hoy día ante la mera posibilidad de salvar algún fantasma. Por supuesto que esto también constituye una alegría, ¡pero por esto no nos puedes culpar! Y no tendría sentido ir aún más allá, si fuera posible. El sano no se haría ningún bien si enloquece por ayudar al loco.

—¿Pero qué sucede con los pobres fantasmas que ni siquiera alcanzaron a subir al autobús?

—Lo hace todo el que lo desea. Nunca temas. En última instancia sólo hay dos tipos de personas: los que dicen a Dios "hágase tu voluntad" y aquellos a quienes Dios dirá, al fin, "hágase tu voluntad". Todos los que están en el infierno lo han elegido. Sin esta opción personal no habría infierno. Nadie que desee continua y seriamente la alegría se va a equivocar. Los que buscan, encuentran.

A quienes golpean la puerta, se les abre.

En ese instante nos interrumpió de súbito la voz veloz y tenue de un fantasma. Volvimos la vista y observamos a la creatura. Le

hablaba a uno de los sólidos, y lo hacía con tanta dedicación que no advertía nuestra presencia. Hablaba con tal rapidez, que el espíritu no conseguía decir nada, a pesar de que lo intentaba. Las palabras del fantasma eran algo así:

—Oh, querido, lo he pasado tan, tan mal. No tengo la menor idea de cómo llegué hasta aquí. Venía con Elinor Stone y teníamos todo listo, nos íbamos a juntar en la esquina cíe Sink Street. Lo había arreglado con toda claridad, porque la conozco y si le digo algo una vez tengo que decírselo cien veces. De otro modo no la habría encontrado en esa horrible casa de esa mujer; no, desde luego que no por el modo como me había tratado... Esa fue una de las cosas más siniestras que me han ocurrido. Me moría de ganas de contártelo, porque estoy segura de que me encontrarás la razón. No, espera un momento, querido, espera que te lo cuente... Traté de vivir con ella cuando llegué por primera vez y estaba todo organizado. Ella iba a cocinar y yo me preocuparía de mantener la casa y de verdad creí que iba a resultar cómodo después de tanto como había hecho; pero estaba tan cambiada, completamente egoísta, sin la menor simpatía por nadie que no fuera ella misma... Y, como le dije una vez, "creo que tengo derecho a un mínimo de consideración porque por lo menos tú has vivido lo tuyo, pero yo no debería seguir estando aquí por años y años..." Pero, por cierto, me estoy olvidando de que no sabes nada..., me asesinaron, sencillamente me asesinaron, querido, ese hombre nunca debió operarme, hoy tendría que estar viva, pero sencillamente me mataron de hambre en esa clínica horrorosa y nadie me venía a ver y...

Se apagó el monótono gemido. La que hablaba, todavía acompañada de la brillante paciencia de ese espíritu, se alejó.

—¿Qué te aflige, hijo? —preguntó mi maestro.

—Me turba, señor —dije—, el que esa infeliz creatura no me parece que sea del tipo de alma que merezca estar siquiera en peligro de condenarse. No es falsa. Sólo es una mujer vieja, tonta, quisquillosa, habituada a quejarse. Me parece que un poco de cambio, de descanso, de bondad, bastarán para que esté bien.

—Así estuvo en una época. Quizás sea así todavía. Si es así, se curará, sin duda. Pero la pregunta clave es si ahora mismo es una quejumbrosa solamente.

—¡Creo que eso no se puede poner en duda!

—No me malentiendas. El asunto es si está quejumbrosa o si sólo es una quejumbrosa. Si hay una mujer verdadera —aunque sea un rasgo ínfimo de una— dentro de tanta queja, se la puede traer de nuevo a la vida. Si quedan brasas bajo tanta ceniza, las soplaremos hasta que el conjunto quede rojo y brille. Pero si sólo quedan cenizas, no seguiremos soplándolas para que nos den en los ojos para siempre. Habrá entonces que barrerlas.

—¿Pero cómo puede haber una queja sin alguien que se queje?

—Toda la dificultad de entender el infierno es que la cosa que se quiere entender está tan cerca de ser Nada. Pero tendrás experiencias... Esto empieza con un talante quejumbroso, pero aún eres distinto de la queja; quizás incluso la criticas. En una hora oscura puede que la abraces. Pero te arrepientes y sales de ella.

Puede llegar el día, sin embargo, en que ya no puedas hacerlo.

Entonces ya no quedará un tú capaz de criticar ese estado de ánimo, ni siquiera capaz de gozarlo; y sólo quedará la queja misma funcionando para siempre como una máquina. ¡Pero vamos! Estás aquí para observar y escuchar. Apóyate en mi brazo y daremos un pequeño paseo.

Obedecí. El apoyarme en alguien mayor que yo era una experiencia que me transportaba a la infancia. La marcha me parecía tolerable apoyado como iba. Y tanto que llegué a creer que mis pies se estaban endureciendo hasta que una mirada a esas pobres formas transparentes me convenció de que la comodidad la debía al fuerte brazo del maestro. Quizás debido a su presencia también mis sentidos parecían tornarse más agudos. Noté aromas que antes se me escapaban y el campo me enseñaba bellezas nuevas. Había agua en todas partes y pequeñas flores temblando en la brisa temprana. Más lejos, en los bosques, alcancé a ver el

paso rápido de un ciervo y una vez una pantera se acercó al costado de mi compañero. También vimos a muchos de los fantasmas.

Creo que lo más lamentable fue una fantasma. Su problema era el contrario del que afligía a la otra, a la dama que los unicornios asustaron. Esta parecía por completo inconsciente de su aspecto fantasmal. Más de uno de los sólidos quiso hablarle, y en un primer momento me desconcertó su modo de conducirse con ellos. Parecía contorsionar el rostro invisible y rotorcer el cuerpo de humo de una manera sin sentido. Por fin llegué a la conclusión —por más increíble que parezca— de que aún creíase capaz de atraerlos y de que lo estaba intentando. Era una cosa ya incapaz de concebir una conversación a menos que "sirviera de medio para ese fin. El resultado no era menos asombroso que si un cadáver se levantara de la tumba, ya en plena corrupción, y se pintara los labios e intentara un ejercicio de seducción. Por fin murmuró "creaturas estúpidas" y se volvió de regreso al autobús.

Esto me llevó a preguntar a mi maestro qué pensaba de la aventura con los unicornios.

—Pudo tener éxito —dijo—. Debiste adivinar que quiso asustarla. No porque el miedo, por sí mismo, la hubiera hecho menos fantasma; pero si conseguía sacarla de sí misma por un momento, habría habido, en ese instante, una posibilidad. He visto a más de alguien salvarse así.

Nos encontramos con varios fantasmas que habían llegado tan cerca del cielo sólo para preguntar entonces a los celestes por el infierno. En realidad, se trata de uno de los tipos más habituales de fantasmas. Otros, que habían sido (como yo mismo) profesores de algo, en realidad querían dar conferencias al respecto; traían consigo cuadernos llenos de anotaciones y de estadísticas, mapas y (uno de ellos) una linterna mágica. Algunos querían contar anécdotas de los famosos pecadores de todos los tiempos que habían conocido allá abajo. Pero la mayoría parecía creer que el hecho de haber pasado por tantos sufrimientos les concedía cierta superioridad. "Has llevado una vida protegida", anunciaban. "No conoces el lado oscuro. Te lo vamos a mostrar. Te daremos algunos datos reveladores"... Como si la única finalidad de su

venida fuera llenar el cielo con imágenes y colores infernales. Todos, por lo menos según lo que podía juzgar por mis propias exploraciones en el mundo de abajo, eran muy poco fiables, y todos carecían de la menor curiosidad auténtica por la región donde habían llegado. Rechazaban todo intento de que se les enseñara algo. Cuando advertían que nadie los escuchaba, regresaban, uno por uno, al autobús.

Este curioso deseo de describir el infierno resultó, sin embargo, sólo el modo más suave de un deseo muy común entre los fantasmas, el de extender el infierno, de encarnarlo —si eso fuera posible— en el cielo. Eran torpes fantasmas que con voces delgadas, como de murciélagos chillones, urgían a los espíritus benditos a que se sacudieran los grillos, a que escaparan de esa prisión en la felicidad, a que destrozaran las montañas con las manos, a que se apoderaran de un cielo para sí mismos; el infierno les ofrecía su cooperación. Había fantasmas que planificaban, que imploraban a los espíritus que embancaran el río, cortaran los árboles, mataran a los animales, construyeran un tren de montaña, suavizaran esa hierba espantosa y pavimentaran senderos con asfalto. Había fantasmas materialistas, que informaban a los inmortales que estaban engañados: no había vida tras la muerte y toda esta región no era más que alucinaciones. Había meros y simples fantasmas perfectamente conscientes de su propia decadencia, que aceptaban su rol tradicional de espectros y parecían esperar que podrían atemorizar a alguien. No sabía que este deseo fuera posible. Pero mi maestro me recordó que el placer de atemorizar no es de ningún modo desconocido en la tierra. También recordó las palabras de Tácito: "Aterrorizan mucho menos que lo que temen". Cuando la ruina de un alma humana en decadencia se encuentra atenazada en condición fantasmagórica y advierte que "soy ahora lo que toda la humanidad ha temido, que sólo soy esa fría sombra de claustros, esa cosa horrible que no puede ser y sin embargo es", entonces el aterrorizar a otros parece una huida del destino de ser fantasma que aún teme a los fantasmas, que aún teme al fantasma que es él mismo.

Porque temerse a sí mismo es el horror definitivo.

Pero además de todos éstos, vi otros fantasmas grotescos en quienes apenas si quedaba algún rasgo de forma humana.

Monstruos que encararon el viaje hasta el terminal de buses —quizás fueron miles de millas para ellos— y llegaron al país de la-sombra de la vida y saltaron muy lejos en él sobre la hierba torturante sólo para escupir y balbucir, en éxtasis de odio, su envidia y (lo que es más difícil de comprender) su desprecio de la alegría. El viaje les parecía un pequeño precio que pagar si una vez, si por única vez, a la vista de ese eterno amanecer, podían decir a los pedantes, a los engreídos, a los beatos tramposos, a los esnobs, a los "poseedores", lo que de ellos pensaban.

—¿Y cómo llegaron hasta aquí? —le pregunté a mi maestro.

—Los he visto convertirse —dijo él—. Y cuando ésos que crees menos hondamente condenados ya han regresado. Los que odian la bondad a veces están más cerca que aquellos que nada saben de ella y creen que ya la poseen.

—¡Silencio! —dijo de pronto mi maestro.

Estábamos junto a unos arbustos y más allá vi a uno de los sólidos y a un fantasma que, al parecer, acababan de encontrarse.
Los rasgos del fantasma me parecieron vagamente familiares, pero de inmediato advertí que en la tierra no había visto al hombre mismo, sino fotografías suyas en los periódicos. Había sido un artista famoso.

—¡Dios! —dijo el fantasma, contemplando el panorama.

—¿Dios qué? —interrogó el espíritu.

—¿Qué me quiere decir con eso de "Dios qué? —preguntó el fantasma.

—En nuestra gramática, Dios es un sustantivo.

—Oh... ya veo. Sólo quise decir "por Dios" o algo así. Es decir... bueno, todo esto. Es... es... Me gustaría pintar todo esto.

—Si fuera usted, yo no me molestaría de momento en eso.

—Mire allí, ¿cómo no me van a dejar seguir pintando?

—Primero hay que mirar.

—Pero si ya he mirado. Y he visto lo que quería. ¡Dios! ¡Ojalá se me hubiera ocurrido traer mis cosas!

El espíritu sacudió la cabeza, esparciendo luz desde el pelo mientras lo hacía.

—Ese tipo de cosas no tiene mucho sentido por aquí —dijo.

—¿Qué me está diciendo? —preguntó el fantasma.

—Cuando pintaba en la tierra —al menos en su primera época— lo hacía porque captaba rasgos del cielo en el paisaje terrestre. El éxito de su pintura consistía en que permitía que otros tuvieran esa misma experiencia. Pero aquí dispone usted de la cosa misma. Desde aquí parten esos mensajes. No tiene sentido hablarnos a nosotros de este país, porque ya lo estamos viendo. De hecho, lo vemos mejor que usted.

—¿Entonces nunca tendrá ningún sentido pintar aquí?

—No he dicho eso. Cuando crezca y sea una persona (de acuerdo, todos debemos hacerlo) habrá algunas cosas que usted verá mejor que nadie. Una de las cosas que querrá hacer será contarnos de eso. Pero todavía no. De momento su negocio es ver. Venga y vea. El es interminable. Venga y aliméntese.

Hubo una breve pausa.

—Será encantador —dijo el fantasma, ahora en tono un tanto apagado.

—Vamos, entonces —le invitó el espíritu, y le ofreció el brazo.

—¿Y cuándo cree que podré empezar a pintar? —preguntó.

El espíritu rió a carcajadas.

—¿No se da cuenta de que no va a pintar nada si sigue pensando en ello?

—¿Qué me quiere decir? —inquirió el fantasma.

—Si sólo se interesa en el país en tanto pueda pintarlo, nunca aprenderá a ver el país.

—Pero justamente así se interesa un artista en el país.

—No. Está olvidando —dijo el espíritu—. Así no empezó usted.

La luz fue su primer amor. Amaba la pintura sólo como un medio de mostrar la luz.

—Oh, eso fue hace siglos —dijo el fantasma—. Uno crece.

Claro que usted no ha visto mis obras posteriores. Uno se interesa más y más en la pintura en sí misma.

—Así es, en efecto. También yo debí recuperarme de eso. Todo era una trampa. La tinta, las cuerdas y la pintura eran necesarias allá abajo, pero también son estimulantes peligrosos. Todo poeta y músico y artista, a menos que actúe la gracia, se aparta del amor de la cosa de que habla y se aproxima al amor del hablar mismo, hasta que, en lo profundo del infierno, ya no puede interesarse en Dios sino en lo que dice sobre El. Porque, como usted sabe, no se detienen en el interés en la pintura. Caen más bajo, se interesan en la propia personalidad y después en nada más que en su propia fama.

—No creo estar demasiado perturbado por eso —dijo el fantasma, tenso.

—Excelente —respondió el espíritu—. No hay muchos de nosotros que hayan superado de partida todo eso. Pero si aún le queda algo de esa infección, se le va a curar cuando lleguemos a la fuente.

—¿Qué fuente es ésa?

—Está allá arriba, en las montañas —dijo el espíritu—. Muy fría y transparente, entre dos colinas verdes. Un poco como el Leteo.

Basta beber de sus aguas para olvidar todo sentido de propiedad sobre la obra propia. Se gozan entonces como si fueran de la autoría de otro, sin orgullo y sin modestia.

—Eso sí que es grandioso —comentó el fantasma, sin entusiasmo.

—Bien, vamos —dijo el espíritu. Y por un momento, unos pasos, sostuvo del brazo al confundido fantasma, en dirección al este.

—Por cierto —dijo el fantasma, como hablando consigo mismo—, siempre habrá personas interesantes que conocer...

—Todos serán interesantes.

—Oh... ah... sí, quería estar seguro. Estoy pensando en gente de nuestra línea. ¿Conoceré a Claude? ¿O a Cézanne? ¿O a...?

—Tarde o temprano... si es que están aquí.

—¿Pero no lo sabe?

—Por supuesto que no. Sólo he estado aquí unos pocos años.

Todas las posibilidades se oponen a que los haya visto..., somos muchos, como usted ve.

—Pero en el caso de personas tan distinguidas, tendría que haber sabido...

—Pero si no son tan distinguidas... no más que cualquiera. ¿No comprende? La gloria fluye en todos y se refleja en todos, como la luz en los espejos. Pero la luz es la cosa.

—¿Acaso no hay hombres famosos?

—Todos lo son. Todos son conocidos, recordados, reconocidos, por la única Mente que puede juzgar a la perfección.

—Oh, por supuesto en ese sentido —dijo el fantasma.

—No se detenga —expresó el espíritu, tratando de avanzar con él.

—Entonces uno se debe contentar con la propia reputación para la posteridad —dijo el fantasma.

—Amigo mío —manifestó el espíritu—, ¿acaso no lo sabe?

—¿Saber qué?

—Que a usted y a mí nos han olvidado por completo allá en la tierra.

—¿Eh? ¿Qué es esto? —exclamó el fantasma, soltándose del brazo—. ¿Me está diciendo que esos condenados neorregionalistas han ganado, después de todo?

—¡Dios sea loado, sí! —dijo el espíritu, que una vez más se estremecía y brillaba de risa—. No conseguiría ni cinco libras en América o en Europa por ninguno de nuestros cuadros. Hemos pasado de moda por completo.

—Debo marcharme en seguida —dijo el fantasma—. ¡Déjeme ir!
Condenación, uno tiene un deber que cumplir por el futuro del arte.

Debo regresar con mis amigos. Debo escribir un artículo. Tiene que hacerse un manifiesto. Tenemos que empezar una nueva revista. Hay que conseguir publicidad. Déjeme ir. ¡Esto es más que una broma!

El espectro se desvaneció sin esperar respuesta del espíritu.

También escuchamos esta otra conversación.

—Esto sí que no tiene nada, nada que ver —decía una fantasma a una de las mujeres brillantes—. No pienso quedarme si se supone que tengo que encontrarme con Robert. Estoy dispuesta a perdonarlo, por supuesto. Pero no me pidan más. ¿Y cómo llegó hasta aquí...? Claro, eso es asunto suyo.

—Pero si lo has perdonado —argumentaba la otra—, seguramente...

—Lo perdono como cristiana —dijo la fantasma—. Pero hay ciertas cosas que una no puede olvidar.

—Pero no comprendo... —empezó a decir la espíritu.

—Exactamente —agregó la fantasma, casi riendo—. Nunca ha comprendido. Siempre creyó que Robert no podía hacer mal a nadie, lo sé. Por favor, no me interrumpa. No tiene usted la menor idea de lo que pasé con su querido Robert. ¡La ingratitud! ¡Fui yo la que lo hice hombre! ¡Le sacrifiqué toda mi vida! ¿Y cuál ha sido mi recompensa? El más total y extremado egoísmo. No, pero escúcheme. Apenas se las arreglaba con seiscientas libras anuales cuando lo conocí. Y fíjese, Hilda, en mis palabras: habría seguido exactamente en la misma situación hasta el día de su muerte si no me hubiera casado con él. Fui yo la que tuve que guiarlo paso a paso.

No tenía ni una chispa de ambición. Con él era como tratar de mover un saco de carbón. Tuve que empujarlo para que tomara ese trabajo en el otro departamento, aunque eso fue el principio verdaderamente de todo lo que le pasó. ¡La pereza de los hombres! ¡Decía que no podía trabajar más de trece horas diarias! Como si yo misma no trabajara mucho más. Porque mi horario no terminaba cuando acababa el suyo. Tenía que hacerlo funcionar toda la tarde, si usted me entiende. Si lo hubiera dejado a su aire, se habría quedado en su sillón, y callado, apenas terminara de comer. Era yo la que tenía que sacarlo de sí mismo y darle conversación. Sin la menor ayuda de él, por supuesto. A veces ni siquiera me escuchaba. Como se lo decía entonces, por lo menos podía esperar buenos modales de su parte...; parecía haber olvidado que yo era una dama incluso a pesar de haberme casado con él. Me agotaba todos los días trabajando por él; y no manifestaba el menor aprecio. Solía pasarme horas arreglando las flores para que esa casita mediocre se viera más agradable, pero en lugar de agradecérmelo, ¿sabe lo que me decía? Me decía que ojalá no le hubiera llenado el escritorio con tanta flor porque quería escribir. Y a veces había un verdadero lío porque le caían algunas gotas de agua sobre sus papeles. Y esto ni siquiera tenía

sentido: solían ser papeles sin la menor relación con su trabajo. Por esos días tenía la tonta idea de escribir un libro... Como si pudiera. Conseguí curarle de esto. No, Hilda, me tienes que escuchar. ¡Los problemas que tuve en nuestra vida social! La idea de Robert era que tenía que perderse de vez en cuando para ver a los que llamaba los viejos amigos... ¡y dejarme que me divirtiera sola! Pero desde un principio supe que esos amigos no le hacían ningún bien. "No, Robert", le dije, "tus amigos son ahora también los míos. Mi deber es tenerlos ahora aquí, por más agotada que esté y por más que nos cueste atenderlos bien". Una creería que con eso basta. Pero vinieron a casa un tiempo. Entonces debí usar de bastante tacto. La mujer que tiene un mínimo de habilidad sabe dejar caer aquí y allá alguna frasecita adecuada. Quería que Robert los viera a una luz nueva. No se sentían muy cómodos, en cierto sentido, en mi salón. No podía dejar de reírme a veces. Robert, por supuesto, no se sentía muy a sus anchas mientras duró el tratamiento; pero finalmente todo fue por su bien.

Al cabo de un año no le quedaba ninguno de ese primer conjunto de amigos. Y entonces consiguió el trabajo nuevo. Un gran paso adelante. ¿Pero qué cree usted? En lugar de darse cuenta de que teníamos ahora la oportunidad de ampliarnos un poco, todo lo que se le ocurrió fue decir: "Bueno, en fin, por suerte tendremos un poco de paz". Eso casi terminó conmigo. Casi lo abandoné entonces. Pero conocía mis deberes. Siempre cumplí con mi deber. No se puede imaginar lo que me costó convencerlo de que debíamos cambiarnos a una casa más grande. Y después, convencerlo de buscar una casa.

No me habría quejado nada si sólo lo hubiera hecho con la actitud adecuada, si hubiera apreciado lo entretenido de todo eso. Si hubiera sido un hombre diferente, le habría divertido que lo esperara en el umbral cuando regresaba de la oficina, y que le dijera: "Vamos, Bob, no hay tiempo para cenar. Acabo de saber de una casa cerca de Watford, aquí tengo las llaves. Podemos ir y volver antes de la una".

¡Pero con él! Fue la más completa desgracia, Hilda. Porque por esa época Robert se estaba transformando en esa clase de hombres a quienes sólo les importa la comida. Bien. Conseguí llevarlo a una casa nueva, finalmente. Sí, lo sé. Era un poco más cara de lo que

en ese momento estaba a nuestro alcance, pero ante Robert se abría toda suerte de posibilidades en ese instante. Y, por cierto, empecé a recibir en casa como corresponde. No más de sus amigos, gracias.

Todo lo hacía por su bien. Todo amigo útil que hacía lo traía a casa.

Tenía que vestir bien, naturalmente. Tendrían que haber sido los años más felices de nuestra vida. Y si no lo fueron sólo se debe a él.

¡Oh, pero si me hacía enloquecer, ese hombre hacía enloquecer a cualquiera! Se dedicó a envejecer, a quedarse callado o a quejarse.

Se hundió en sí mismo. Podría haber tenido un aspecto mucho más joven si sólo se hubiera dado la molestia. No necesitaba andar con bastón. Se lo dije más de una vez. Era el anfitrión más desgraciado que imaginarse pueda. Cada vez que dábamos una fiesta todo dependía exclusivamente de mí. Robert sólo servía para llorar con él.

Y como se lo dije (no se lo dije una vez sino mil veces) no siempre había sido así. Hubo un tiempo en que se interesaba en miles de cosas y estaba dispuesto a conocer y hacer amigos. "¿Qué demonios te está pasando?", solía preguntarle. Pero ni siquiera me contestaba ahora. Se quedaba sentado mirándome con esos grandes ojos fijos (llegué a odiar a los hombres de ojos oscuros) y, ahora lo sé, odiándome. Esa fue mi recompensa. Después de todo lo que hice.

Un puro odio retorcido y sin sentido. ¡Y justo en el momento en que era más rico que nunca! Entonces acostumbraba yo a decirle:
"Robert, sencillamente te estás dejando ir al agujero". Los hombres más jóvenes que iban a casa —y no era culpa mía que se sintieran mejor conmigo que con ese oso decadente— solían reírse de él.

Cumplí con mi deber hasta el último día. Lo obligué a hacer ejercicio; ésa fue la verdadera razón para tener el gran danés. Y

seguí recibiendo amistades y dando fiestas. Lo llevé a las vacaciones más maravillosas. Me ocupé de que no bebiera mucho. Incluso, cuando las cosas se tornaron desesperadas, lo alenté para que volviera a escribir. ¿Cómo podría haber evitado ese colapso nervioso que tuvo al final? Tengo la conciencia limpia. Cumplí con mi deber con él, como la que más. Así que, verá usted, sería imposible que... Y sin embargo..., no lo sé. Creo que he cambiado de opinión. Les haré una oferta justa, Hilda. No me reuniré con él si eso sólo significa reunirme con él y nada más. Pero si me dejan las manos libres, estoy dispuesta a hacerme cargo una vez más. Cargaré otra vez con mi cruz. Pero tienen que dejarme con las manos libres. Con todo el tiempo que hay aquí, creo que esta vez alcanzaré a hacer un hombre de Robert. ¿No sería un buen plan? No está en condiciones para batírselas por sí mismo. Pónganme a cargo de él. Necesita una mano firme. Lo conozco más que usted. ¿Qué es eso? No, dénmelo a mí, ¿no me escucha? No se lo consulten; basta con que me lo entreguen.

Soy su mujer, ¿no es verdad? Sólo estaba empezando. Hay montones, montones de cosas que quiero hacer con él. No, escúcheme, Hilda. ¡Por favor, por favor! Soy tan desgraciada.
Necesito a alguien a quien... hacerle cosas. Allá abajo es sencillamente horroroso. Nadie se preocupa de mí. A nadie le importo nada. A ellos no los puedo alterar. Es espantoso verlos por ahí sentados y no ser capaz de hacer nada con ellos. Devuélvanmelo.

¿Por qué le va a resultar todo a su modo? No es bueno para él. No está bien, no es justo. Quiero a Robert. ¿Qué derecho tienen para quitármelo? La odio. ¿Cómo voy a controlarlo si no me dejan tenerlo? La fantasma, que había crecido como una vela que se extingue, se evaporó de súbito. Quedó en el aire un olor seco, ácido, por un momento. Y ya no hubo más fantasma a la vista.

9

Uno de los encuentros más dolorosos que presenciamos ocurrió entre un fantasma mujer y un espíritu brillante que, al parecer, había sido su hermano. Seguramente acababan de encontrarse cuando los vimos, porque la fantasma le decía, en un tono de evidente desencanto:

—Oh... ¡Reginald! ¿Eres tú, eres verdaderamente tú?

—Sí, querida —decía el espíritu—. Sé que esperabas a otro.

Podrías... espero que puedas alegrarte un poco de verme, aunque sea a mí; por ahora.

—Creía que Michael habría venido —dijo la fantasma, y agregó casi con orgullo:

—¿Porque está aquí, verdad?

—Está allí... muy arriba, en las montañas.

—¿Y por qué no ha venido a buscarme? ¿Acaso no sabía?

—Querida, no habría resultado. Pero no te preocupes, vendrá en su momento. Pero no todavía. Así como estás ahora no te habría podido ver ni escuchar. Ahora resultarías perfectamente invisible para Michael. Pero muy pronto te construiremos.

—¡Me parece que si tú eres capaz de verme, también mi hijo!

—No siempre ocurre así. Verás, me he especializado en esta clase de trabajo.

—Oh, trabajo, ¿esto es un trabajo? —interrumpió la fantasma, que hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Y cuándo me van a permitir verlo?

—No es asunto de que te lo permitan, Pam. Tan pronto te pueda ver lo hará. Necesitas solidificarte un poco.

—¿Y cómo? —dijo la fantasma.

La pregunta fue dura y un tanto amenazante.

—Temo que el primer paso es difícil —agregó el espíritu—.

Pero después avanzarás como el fuego en una casa que se incendia.

Empezarás a ser lo bastante sólida para que Michael te vea cuando seas capaz de querer a Alguien Más, aparte de Michael. No digo "más que a Michael", por lo menos no en un principio. Eso vendrá más adelante. Sólo nos basta un pequeño germen de amor a Dios, de deseo de Dios, para empezar el proceso.

—Oh... ¿te refieres a la religión y a esas cosas? No me parece oportuno... y menos de parte tuya... Bueno, no importa. Haré lo que haga falta. ¿Qué quieres que haga? Vamos. Mientras más pronto empiece, más pronto veré a mi hijo. Estoy dispuesta.

—¡Pero, Pam, piensa un poco! ¿No te das cuenta de que no estás empezando nada si continúas en esa actitud? Estás tratando a Dios como si sólo fuera un medio para llegar a Michael. Pero el tratamiento de solidificación consiste en aprender a querer a Dios por Sí Mismo.

—No hablarías así si fueras una madre.

—Quieres decir si solamente fuera madre. Pero no existe eso de ser sólo una madre. Existes como madre de Michael solamente porque en primer lugar existes como creatura de Dios. Y esta relación es más vieja y más íntima. ¡No, escúchame, Pam! El también ama. El también ha sufrido. El también ha esperado largo tiempo.

—Si me ama, tiene que dejar que vea a mi hijo. Si me hubiera amado, ¿por qué me arrebató a mi hijo? No iba a decir nada de eso.

Pero es bien difícil perdonar, lo sabes.

—Pero tenía que llevarse a Michael. En parte por el bien de Michael...

—Estoy segura de que hice todo lo posible para la felicidad de Michael. Le entregué la vida...

—Los seres humanos no pueden hacerse felices mutuamente demasiado tiempo. Y, en segundo lugar, por tu propio bien. Quería que tu amor, meramente instintivo por tu hijo (compartes eso con las tigresas, lo sabes) se transformara en algo mejor. Quería que amaras a Michael tal como El entiende el amor. No puedes amar completamente a otra creatura si no amas a Dios. Algunas veces este tipo de conversación se puede dar cuando aún dispones del amor instintivo.

Pero en tu caso, al parecer, no hay posibilidades. El instinto era descontrolado, orgulloso, monomaníaco. (Pregunta a tu hija, o a tu marido. Pregúntaselo a tu propia madre. Ni una vez has pensado en ella.) El único remedio era arrebatar el objeto. Era un caso de cirugía.

Cuando esa primera especie de amor te quedó coartada, entonces hubo la posibilidad de que la soledad, el silencio, sirvieran para que allí surgiera algo distinto.

—Todo esto es una locura, un sinsentido cruel, torcido. ¿Qué derecho tienes para decir esas cosas del amor maternal? Se trata del sentimiento más alto y sagrado de la naturaleza humana.

—Pam, Pam..., los sentimientos humanos no son altos o bajos, sagrados o profanos por sí mismos. Todos son sagrados cuando las manos de Dios llevan las riendas. Todos se pervierten cuando se afirman en sí mismos y se convierten en dioses falsos.

—Mi amor por Michael jamás se habría pervertido. Ni aunque hubiéramos vivido millones de años.

—Te equivocas. Y lo debes saber. ¿Acaso no te has encontrado allá abajo con madres que se han llevado consigo a sus hijos al infierno? ¿Ese amor los hizo felices?

—Si te refieres a gente como esa mujer Guthrie y su espantoso hijo Bobby, por supuesto que no. Espero que no estés insinuando...

Si tuviera a Michael estaría perfectamente feliz, incluso en esa ciudad. No pasaría todo el tiempo hablando de él hasta que todo el mundo odiara hasta el sonido de su nombre, como lo hace esa mujer Guthrie con su cría. No me pelearía con la gente porque no le hacen bastante caso ni me pondría celosa por lo contrario. No andaría por allí quejándome o lamentándome de que no me quiere lo suficiente.

Porque, por supuesto, sería muy amable conmigo. No te atrevas a insinuar que Michael podría llegar siquiera a parecerse a ese niño Guthrie. Hay ciertas cosas que no soporto.

—Lo que has visto en los Guthrie es lo que sucede con los afectos naturales cuando no se termina por convertirlos.

—Es mentira. Una mentira cruel, perversa. ¿Cómo podría alguien amar más a su hijo? ¿Acaso no he vivido todos estos años sólo para recordarlo?

—Eso es más bien un error, Pam. Y lo sabes en el fondo de tu corazón.

—¿Que fue un error?

—Todos esos diez años de duelo. El mantener su habitación tal como la dejó. El seguir celebrando sus aniversarios. El negarte a dejar esa casa, aunque Dick y Muriel estaban abrumados allí.

—Por cierto que rió se preocupaban, no les importaba nada. Lo sé. Muy pronto aprendí a no esperar la menor simpatía de esos dos.

—Te vuelves a equivocar. Nadie ha sentido tanto la muerte de su hijo más que Dick. No hay muchas niñas que quisieran tanto a su

hermano como Muriel. No se rebelaban contra Michael. Era contra ti..., contra tener la vida entera dominada por la tiranía del pasado.

Para colmo ni siquiera por el pasado de Michael, sino por el pasado tuyo.

—No tienes corazón. Nadie lo tiene. El pasado era todo lo que tenía.

—Era todo lo que escogiste tener. Ese era el modo equivocado de tratar con la pena. Un modo egipcio..., como embalsamar un cuerpo muerto.
—Oh, por supuesto. Estoy equivocada. Todo lo que digo o hago está mal según tú.

—¡Pero por supuesto! —dijo el espíritu, que brillaba de amor y entusiasmo hasta confundirme la visión—. Eso es lo que todos descubrimos cuando llegamos a este país. ¡Todos nos hemos equivocado! Esa es la gran broma. ¡No hace falta ir por allí pretendiendo que se tiene la razón! Y después empezamos a vivir.
—¿Cómo te atreves a reírte de esto? Dame a mi hijo. ¿Me oyes?

No me interesan todas esas normas y regulaciones. No creo en un Dios que mantiene separados a madre e hijo. Creo en un Dios de amor. Nadie tiene derecho a interponerse entre yo y mi hijo. Ni siquiera Dios. Se lo puedes decir personalmente. Quiero a mi hijo y pretendo tenerlo. Es mío, ¿entiendes? Mío, mío, mío, para siempre.

—Lo será, Pam. Todo será tuyo. Dios mismo será tuyo. Pero no de ese modo. Nada puede ser naturalmente tuyo.

—¿Qué? ¿Ni mi propio hijo, nacido de mi propio cuerpo?

—¿Y dónde está ahora tu propio cuerpo? ¿No sabes que todo lo natural termina? ¡Mira! Está saliendo el sol, sobre esas montañas.
Muy pronto estará aquí encima.

—Michael es mío.

—¿Cómo que es tuyo? Tú no lo hiciste. La naturaleza lo hizo crecer en tu cuerpo sin que mediara tu voluntad. Incluso contra tu voluntad... A veces te olvidas que en esos días no querías tener otro bebé. Michael fue originalmente un accidente.

—¿Quién te dijo eso? —exclamó la fantasma, que a poco se recuperó—. Es mentira. Y no es asunto tuyo. Odio tu religión y odio y desprecio a tu Dios. Yo creo en un Dios de amor.

—Y, sin embargo, Pam, en este momento no amas a tu madre ni me amas a mí.

—¡Oh, ya veo! Ese es el problema, ¿verdad? ¿De verdad, Reginald? Te sientes herido porque...

—¡Dios sea loado! —dijo el espíritu, con una gran carcajada—.

¡No hace falta que te preocupes por eso! ¿No sabes que en este país no puedes ofender a nadie?

La fantasma se quedó con la boca abierta y en silencio por unos momentos, más afectada, creo, por esas palabras que por todo lo que se había dicho antes.

—Vamos. Avancemos otro poco —invitó mi maestro y me tomó del brazo.

—¿Por qué me apartaste, señor? —le dije cuando ya la fantasma no nos podía escuchar.

—Esa conversación puede resultar muy larga —contestó mi maestro—. Y ya hemos escuchado lo suficiente para saber cuál es la opción.

—¿Hay alguna esperanza para ella, señor?

—Sí, hay algo. Lo que llama amor a su hijo se ha convertido en una cosa pobre, pequeña, astringente. Pero aún hay una brasa ligera de algo que no es sólo ella misma. Eso puede soplarse y convertirse en llamarada.

—¿Entonces hay ciertos sentimientos naturales que son mejores que otros, que son, quiero decir, un mejor punto de partida para la cosa verdadera?

—Mejores y peores. Hay algo en el afecto natural que puede llevar con más facilidad al amor eterno, algo que no hay en los apetitos naturales. Pero hay también en ello algo que facilita detenerse en el nivel natural y confundirlo con el celestial. El bronce se confunde más fácilmente que la arcilla con el oro. Y si finalmente se niega a convertirse, su corrupción será peor que la que es producto de las llamadas bajas pasiones. Es un ángel más fuerte y, por tanto, cuando cae, un demonio peor.

—No sé si me atrevería a repetir esto en la tierra, señor —dije yo—. Dirían que soy inhumano. Dirían que creo en la depravación completa. Dirían que ataco lo mejor y lo más sagrado. Me tildarían de...

—No te harían daño si lo hicieran —replicó el espíritu, guiñándome un ojo (de verdad me pareció que lo hizo).

—¿Pero cómo podría uno atreverse, cómo podría tener el ánimo de acercarse a una madre que sufre, que está sufriendo, si uno mismo no está sufriendo?

—No, no, hijo, esto no te corresponde. No eres lo bastante bueno para eso. Cuando se te quiebre el corazón a ti mismo, entonces será tiempo de que hables. Pero alguien debe decir en general lo que no se dice entre ustedes ni hoy mismo: que el amor, tal como los mortales lo entienden, no es bastante. Todo amor natural se volverá a levantar y vivirá para siempre en este país; pero ninguno volverá a levantarse mientras no haya sido sepultado.

—Esas palabras son casi demasiado duras para nosotros.

—Ah, pero también es cruel no decirlas. Los que saben se han vuelto asustadizos y no hablan. Por eso el dolor, que solía purificar, ahora sólo pudre.

—Keats se equivocó entonces cuando afirmó estar cierto de lo sagrado de los afectos humanos.

—Dudo que supiera bien lo que decía. Pero tú y yo debemos ser claros. Sólo hay un único bien: Dios. Todo lo demás es bueno cuando lo mira a El y malo cuando se aparta de El. Y mientras más alto y poderoso sea en el orden natural, más demoníaco será si se rebela. Los demonios no se hacen a partir de ratones malos ni a partir de malas moscas; se hacen a partir de arcángeles. La religión falsa del placer es más baja que la religión falsa del amor maternal o del patriotismo o del arte; pero es menos probable que el placer se transforme en religión. ¡Pero observa!

Vi que se acercaba un fantasma que llevaba algo en los hombros. Era insustancial como todos los fantasmas. Pero los fantasmas diferían unos de otros como difieren entre sí los humos.

Unos eran blanquecinos; éste era negro y aceitoso. Llevaba en los hombros una lagartija roja que retorcía la cola como un látigo y le iba diciendo algo al oído. Cuando lo vimos, volvió la cabeza hacia el reptil con un gruñido de impaciencia. "¡Cállate, te digo!", dijo. Pero movió la cola y continuó susurrándole. Dejó de gruñir y empezó a sonreír. Entonces se volvió y empezó a saltar hacia el oeste, apartándose de las montañas.

—¿Tan pronto se marcha? —dijo una voz.

El que habló era semejante a un hombre, pero más grande, y tan brillante que apenas podía mirarlo. Su presencia me afectó los ojos y el cuerpo (porque de él surgía tanto calor como luz) como el sol matutino de un cálido día de verano.

—Sí, me marcho —dijo el fantasma—. Gracias por la hospitalidad. Pero no me va bien, verán. Le he dicho a este pequeño (y señaló la lagartija) que tenía que quedarse callada si venía acá... e insiste en hablarme. Por cierto que su tipo no resulta aquí. Me doy cuenta. Pero no dejará de hablar. Tendré que regresar a casa.

—¿Le gustaría que la dejara tranquila y callada? —dijo el espíritu flameante, que era un ángel, como comprendí entonces.

—Por cierto que sí.

—Entonces la voy a matar —dijo el ángel, avanzando un paso.

—Oh... ah... ¡un momento! Me está quemando. No se acerque —pidió el fantasma, apartándose.

—¿No quiere que la mate?

—No dijo nada de matarla al principio. No tenía la intención de molestarle con algo tan drástico.

—Es la única manera —replicó el ángel, cuyas quemantes manos estaban ahora muy cerca de la lagartija—. ¿La mato?

—Bueno, ésa sí que es una pregunta. Estoy dispuesto a considerarla, pero es un punto nuevo, ¿verdad? Es decir, de momento sólo estaba considerando que se callara, porque aquí arriba... bueno, resulta bastante embarazoso.

- ¿Puedo matarla?

- Bueno, tenemos tiempo para discutirlo más adelante.

- No hay tiempo. ¿Puedo matarla?

- Por favor, no quería causar tanta molestia. Por favor..., de verdad... no se moleste. ¡Mire! Se ha quedado dormida. Estoy seguro de que todo irá bien ahora. Gracias, muchas gracias.

- ¿Puedo matarla?

- Honestamente, no creo que haya la menor necesidad. Estoy seguro de que ahora la tendré en orden. Me parece que un proceso gradual es mucho mejor que matarla.

- El proceso gradual no sirve de nada.

- ¿No lo cree? Bueno, me propongo pensar cuidadosamente lo que acaba de decir. Honestamente. De hecho la dejaría matar ahora mismo, pero en realidad no me siento muy bien

hoy día. Sería tonto hacerlo ahora. Necesito gozar de buena salud para esa operación.

Otra día, quizás.

- No hay otro día. Todos los días son presente, ahora.

- ¡Retroceda! Me está quemando. ¿Cómo puedo haber aceptado que la mate? Me mataría a mí si lo hiciera.

—No es así.

—Pero me está quemando ahora.

—Nunca dije que no lo quemaría a usted. Dije que no lo mataría.

—Oh, ya veo. Cree que soy un cobarde. Pero no es eso. De verdad no es así. Déjeme regresar por una noche en el autobús y le pediré la opinión a mi médico. Volveré a la primera oportunidad.

—Este momento contiene todos los momentos.

—¿Por qué me tortura? Me está provocando. ¿Cómo voy a dejar que me haga pedazos? Si quería ayudarme, ¿por qué no mató de una vez esa condenada cosa sin darme tiempo para advertirlo? Ya habría pasado todo.

—No puedo matarla contra su voluntad. Es imposible. ¿Tengo su permiso?
Las manos del ángel estaban casi encima de la lagartija. Entonces la lagartija le empezó a hablar al fantasma en voz alta. Hasta yo podía escucharla.

—Ten cuidado —le decía—. Puede hacer lo que dice. Me puede matar. Bastaría una palabra tuya, fatal, y lo haría. Y te quedarás sin mí para siempre. No es natural. ¿Cómo podrías vivir? Serías una especie de fantasma, no un hombre de verdad como eres ahora. El no comprende. Es sólo una cosa fría, sin sangre, abstracta. Puede que sea natural para él, pero no lo es para nosotros. Sí, sí. Sé que ahora no hay placeres verdaderos, solamente sueños. ¿Pero no es eso mejor que nada? Y han sido

tan buenos. Acepto que en el pasado alguna vez fuimos demasiado lejos, pero prometo que no volverá a suceder. Sólo te daré sueños verdaderamente agradables...
suaves, frescos, casi inocentes. Podría decir que inocentes por completo...

—¿Me autoriza? —insistió el ángel.

—Sé que me matará.

—No. ¿Y si fuera así?

—Tiene razón. Sería mejor estar muerto que vivir con esta creatura.

—¿Entonces puedo?

—¡Condenación! ¡Hágalo! Termine de una vez. Haga lo que quiera —casi gritó el fantasma; pero terminó vacilante—. Que Dios me ayude, que Dios me ayude.

Un momento después el fantasma dio un alarido, agónico, como nunca había escuchado en la tierra. El quemante cerró las manos púrpuras sobre el reptil, lo retorció, mientras el reptil trataba de morder y chillaba, y finalmente lo tiró, quebrado, a la hierba.

—¡Uf! Ya hemos terminado —suspiró el fantasma, retrocediendo.

Por un instante no pude distinguir nada con precisión. Entonces vi, entre mí y el arbusto más cercano, indudablemente sólido pero solidificándose más por momentos, el brazo y el hombro de un hombre. Luego, aún más brillantes y más fuertes, las piernas y las manos. El cuello y la cabeza dorada se materializaron mientras observaba, y si no hubiera vacilado mi atención habría contemplado la real integración de un hombre, un hombre inmenso, desnudo, no mucho más pequeño que el ángel. Lo que me distrajo fue que en ese mismo instante algo parecía estar sucediéndole a la lagartija. Al principio creí que la operación había fallado. Lejos de morir, la creatura seguía luchando e incluso creciendo mientras se debatía. Y cambiaba mientras crecía. Se redondeaba. La cola, todavía temblando, se convertía en cola llena

de pelos que se balanceaba entre unas nalgas enormes y brillantes. Retrocedí, frotándome los ojos. Lo que tenía ante mí era el mayor potro que jamás viera, blanquísimo y con crines y cola de oro. Suave y brillante, ondulado de músculos, relinchando y golpeando los cascos. Con cada golpe temblaba la tierra y oscilaban los árboles.

El hombre nuevo se volvió y palmeó el cuello del caballo nuevo.

Le olfateó el cuerpo resplandeciente. Caballo y amo respiraron el aliento de uno y otro. El hombre se apartó, se arrojó a los pies del quemante y los abrazó. Cuando se levantó me pareció que el rostro le brillaba de lágrimas, pero puede haber sido sólo el amor y el resplandor (no se los distingue en este país) que de él fluía. No tuve mucho tiempo para pensarlo. Alegre y apresurado, el joven saltó al lomo del caballo. Se volvió para saludar y despedirse y en seguida aguijoneó el potro con los talones. Habían desaparecido a lo lejos antes de que tuviera tiempo de caer en la cuenta de lo que había sucedido. ¡Se podía cabalgar! Salí de los arbustos tan pronto como pude para seguirlos con la vista; pero ya eran como una estrella fugaz en la distancia de la verde pradera cerca ya de los faldeos de las montañas. Entonces, todavía como estrellas, les vi ascendiendo, escalando lo que parecían acantilados imposibles, a cada instante más veloces, hasta topar la borrosa línea final del paisaje, tan alto que debía estirar el cuello para verlos; hasta que se desvanecieron, brillando, en el fulgor rosa de esa mañana perdurable.

Mientras miraba, advertí que toda la llanura y la selva se estremecían con un sonido que en nuestro mundo habría sido excesivamente violento para oírlo, pero que allí podía soportar con alegría. Supe que no eran los sólidos cantando. Era la voz de la tierra, de esos bosques y esas aguas. Un ruido extraño, arcaico, inorgánico, que provenía de todas direcciones. La naturaleza o archinaturaleza de esa tierra se regocijaba por haberse liberado una vez más, por haberse consumado entonces, en la persona del caballo.

Así era el canto:

El Señor dice a nuestro señor, subid. Compartid mi sosiego y esplendor hasta que todas las entidades que fueron vuestros enemigos sean esclavos que danzan ante vosotros, espaldas para que cabalguéis y sostén para el descanso de vuestros pies.

Desde más allá de todo tiempo y lugar, fuera del Lugar mismo, se os dará autoridad: las fuerzas que antaño se oponían a vuestra voluntad serán fuego obediente en vuestra sangre y trueno tonante en vuestra voz.
Embárganos para que así embargados podamos ser nosotros mismos; deseamos el principio de tu reino tal como deseamos el amanecer y el rocío, la humedad en el nacimiento de la luz.

Señor, tu Señor te ha señalado para siempre: para que seas nuestro Rey de Justicia y nuestro sumo Sacerdote.

—¿Entiendes todo esto, hijo mío? —preguntó el maestro.

—No sé si todo, señor —dije—. ¿Acierto si creo que la lagartija se convirtió en el caballo?

—Sí. Pero primero se la mató. ¿No habrás olvidado esa parte del relato?

—Trato que no sea así, señor. ¿Pero esto significa que todo —absolutamente todo— lo que está en nosotros puede ir a las montañas?

—Nada, ni siquiera lo mejor y lo más noble, puede ir tal como es ahora. Nada, ni siquiera lo más bajo y más bestial, dejará de ser alzado si se somete a la muerte. Se los siembra como cuerpo natural, se lo alza como cuerpo espiritual. La carne y la sangre no pueden venir a las montañas. No porque sean vulgares, sino porque son demasiado débiles. ¿Qué es una lagartija comparada con un potro?

El placer es una cosa pobre, débil, quejosa y susurrante comparada con la energía y la riqueza del deseo que se alzará cuando haya muerto el deseo.

—¿Pero les voy a decir a los demás, en casa, que la sensualidad de ese hombre resultó un obstáculo menor que el amor de esa pobre mujer por su hijo? Porque eso era, en cualquier caso, un exceso de amor.

—No les dirás nada de eso —me contestó con firmeza—.

¿Exceso de amor has dicho? Amaba a su hijo demasiado poco, no excesivamente. No habría habido dificultades si lo hubiera amado más. No sé cómo terminará su historia. Pero es muy posible que en este instante esté exigiendo que la dejen con su hijo en el infierno.

Esa clase de persona a veces está muy dispuesta a precipitar en la desgracia a quien dice amar con tal de seguir poseyéndola de algún modo. No, no. Debes extraer otra lección. Te debes preguntar cómo será el cuerpo resucitado del amor maternal o de la amistad si el cuerpo resucitado de un apetito sensual es tan imponente como ese caballo.

Pero una vez más distrajeron mi atención.

—¿Hay allí otro río, señor? —pregunté.

10

Esta fue la razón por la cual pregunté si había otro río: a lo largo de un costado bajo de la selva, el follaje había empezado a temblar de luz danzante. No conozco nada, en la tierra, que produzca un efecto parecido, si no es la luz que se refleja en el agua mientras avanza. Poco después comprobé mi error. Una especie de procesión se nos aproximaba. La luz provenía de las personas de ese cortejo.

En primer lugar venían espíritus brillantes, no los espíritus de hombres, que bailaban y esparcían flores que caían sin sonido, flores ligeras, aunque según los estándares del mundo fantasmal cada pétalo debía pesar una tonelada y su caída sería semejante al precipitarse violento de las rocas. Entonces, a izquierda y derecha de la avenida de la selva, aparecieron formas juveniles, niños a un lado y niñas al otro. Si pudiera recordar su canto y anotar la música, nadie que escuchara esa partitura volvería a enfermarse ni envejecería.

Entre ellos iban músicos, y detrás una señora en honor de la cual todo esto se realizaba.

Ahora no consigo recordar si iba desnuda o vestida. Si iba desnuda, entonces debió ser la casi visible penumbra de su amabilidad y alegría lo que en la memoria me produce la ilusión de un grande y feliz séquito que la acompañaba por el gozoso césped. Si iba vestida, entonces la ilusión de desnudez se debe sin duda a la claridad con que su espíritu interior resplandecía a través de las vestiduras. Porque la ropa no es un disfraz en estas regiones: el cuerpo espiritual vive en cada hilo y lo torna órgano viviente. El atuendo o la corona son allí sólo un rasgo más, como los labios o los ojos.

Pero he olvidado. Y sólo en parte recuerdo la insoportable belleza de su rostro.

—¿Acaso es?... ¿Es?... —le susurré a mi guía.

—De ningún modo —dijo—. Es alguien de quien nunca habías oído nada. Su nombre en la tierra era Sara Smith y vivía en Golden Green.

—Parece ser... bueno, una persona de gran importancia.

—Sí. Es una de las grandes. Ya ha oído que la fama en este país y la fama de la tierra son dos cosas completamente distintas.

—¿Y quiénes son esas personas gigantescas? ¡Mire! Parecen esmeraldas... ¿Las que danzan y arrojan flores a su paso?

—¿No ha leído a Milton? Mil ángeles de verde la servían.

—¿Y esos jóvenes y esas jóvenes a cada lado?

—Son sus hijos y sus hijas.

—Debió tener una familia muy numerosa, señor.

—Cada joven o niño que la conocía se transformaba en hijo suyo... aunque sólo fuera el niño que le traía la carne por la puerta de servicio. Cada niña que la encontraba era su hija.

—¿Y esto no era un tanto duro para los padres?

—No. Existen los que roban los hijos de otros. Pero su maternidad era de otra especie. Aquellos sobre los que recaía regresaban a sus padres naturales y los amaban más. Muy pocos hombres la miraron sin convertirse, en cierto sentido, en sus amantes. Pero era la clase de amor que los volvía no menos leales, si no más, a sus esposas.

—¿Y cómo?... ¡pero, caramba! ¿Qué son esos animales? Un gato... dos gatos... docenas de gatos. Y todos esos perros... no alcanzo a contarlos. Y los pájaros. Y los caballos.

—Son sus bestias.

—¿Tenía un zoológico? Esto me parece mucho.

—Cada bestia y pájaro que se le acercaba tenía sitio en su amor.
En ella se hacían ellos mismos. Y ahora la abundancia de vida que tiene en Cristo desde el Padre fluye hacia ellos.
Miré, asombrado, a mi maestro.

—Sí —me dijo—, es como cuando lanzas una piedra al agua y las ondas concéntricas se van expandiendo más y más. ¿Quién sabe dónde terminarán? La humanidad redimida aún es joven, apenas se acerca a su plena fortaleza. Pero ya hay alegría bastante en el dedo meñique de un gran santo, como en aquella señora, para despertar todas las cosas muertas del universo hacia la vida.

Mientras hablaba, la señora continuaba avanzando sin pausa hacia nosotros; pero no nos miraba. Seguí la dirección de su mirada y vi un fantasma de curiosa forma, que se acercaba. O más bien dos fantasmas: un gran fantasma alto, horriblemente flaco y tembloroso, que parecía arrastrar encadenado a otro no mayor que un mono.

El fantasma alto llevaba un sombrero negro, suave, y algo en él me recordaba alguna cosa que la memoria no conseguía precisar.
Entonces llegó a pocos metros de la señora y extendió una mano abierta, flaca y vacilante, se la llevó al pecho con los dedos muy abiertos y exclamó con voz de huecas resonancias: "¡Por fin!" De inmediato caí en la cuenta de lo que estaba recordando. Era como un andrajoso actor de la vieja escuela.

—¡Querido! ¡Por fin! —dijo la señora.

"Cielos", pensé yo, "seguro que no puede..." Y entonces advertí dos cosas.- En primer lugar, noté que el fantasma pequeño no era arrastrado por el grande. Era esa figura enana la que sostenía la cadena en la mano y la figura teatral la que llevaba el collar al cuello.

En segundo lugar, advertí que la señora miraba al enano fantasma.

Parecía creer que era el enano quien se había dirigido a ella, o bien deliberadamente fingía ignorar al otro. Volvía los ojos hacia el pobre enano. El amor no sólo fluía de sus ojos sino de todos sus

miembros como si fuera un líquido en que acabara de bañarse. Entonces, para desconcierto mío, se acercó aún más. Se inclinó y besó al enano. Me hizo estremecer verla en contacto tan próximo a esa cosa fría, húmeda, encogida. Pero ella no temblaba.

—Frank —dijo—, antes que nada, perdóname. Por todo lo malo que hice, y por todo lo bueno que no hice desde la primera vez que nos conocimos. Te pido perdón.

Miré entonces por primera vez al enano. O quizás fue más visible después de ese beso. Apenas se podía vislumbrar el rostro que debió tener cuando fue humano: una cara pequeña, oval, pecosa, de barbilla débil con el tenue rastro de un fracasado bigote.

La miró como de paso, no directamente. Estaba observando al trágico, de soslayo. Entonces tiró de la cadena, y fue el trágico, no él, quien respondió a la señora.

—Estamos, estamos —dijo el trágico—. No diremos más. Todos cometemos errores.

Con esas palabras, los rasgos se le distorsionaron de manera lúgubre con lo que quiso ser, me parece, una sonrisa.

—No diremos más —continuó—. No estoy pensando en mí.

Pienso en ti. No los he podido apartar de mi mente estos años. Tu recuerdo... tú sola aquí, sufriendo por mí.

—Pero ahora —le dijo la señora al enano— puedes dejar a un lado todo eso. No vuelvas a pensar así. Todo ha terminado.

Su belleza resplandecía tanto que casi no podía ver nada más.

Bajo la suave compulsión, el enano la miró verdaderamente por primera vez. Por un segundo me pareció que cobraba aspecto más humano. Abrió la boca. Iba a hablar él mismo esta vez. ¡Pero qué desilusión con sus palabras!

—¿Me has echado de menos? —croaba esa voz pequeña, arrastrada.

Pero ni siquiera entonces se sorprendió ella. El amor y la cortesía continuaban fluyendo.

—Querido, eso lo entenderás muy pronto —dijo—, pero ahora...
Lo que sucedió en seguida me dejó atónito. El enano y el trágico hablaron al unísono; pero no a ella, sino uno al otro.

—Habrás notado —se advirtieron— que no ha contestado nuestra pregunta.

Me di cuenta entonces de que ambos eran una misma persona, o más bien de que eran los restos de lo que alguna vez fue una sola persona. El enano volvió a agitar la cadena.

—¿Me echaste de menos? —le dijo el trágico a la señora, con un horrible temblor teatral en la voz.

—Querido amigo —respondió la señora, siempre atenta exclusivamente al enano—, puedes estar feliz con eso y con todo lo demás. Olvídalo todo para siempre.

Y de verdad, por un instante, creí que el enano la iba a obedecer; en parte porque los rasgos de su rostro se aclararon un tanto y en parte porque esa invitación a la plena alegría, que cantaba en todo el ser de la mujer como el canto de los pájaros en una tarde de abril, me parecía de tal envergadura que ninguna creatura podría resistirla.
Entonces el enano vaciló. Y una vez más habló al unísono con su cómplice.

—Por cierto que sería muy discreto y magnánimo no tocar más el punto —se dijeron el uno al otro—. ¿Pero podremos tener la seguridad de que se dará cuenta? Lo hemos hecho en otras ocasiones. Hubo un tiempo en que la dejamos utilizar la última estampilla que quedaba en casa para que le escribiera a su madre y ella no dijo nada aunque sabía muy bien que nosotros queríamos escribir esa carta. Creímos que lo recordaría y que recordaría lo desprendidos que habíamos sido. Pero nunca lo hizo. Y hubo un tiempo... ¡oh, pero si fueron tantas veces!

Así que el enano sacudió la cadena y...

—No lo puedo perdonar —gritó el trágico—. Y no lo voy a perdonar. Podría perdonarlos a todos por lo que me han hecho. Si no fuera por tus sufrimientos...

—¿Pero no comprendes? —dijo la señora—. Aquí no hay sufrimientos.

—¿Me estás diciendo —respondió el enano como si la nueva idea le hiciera olvidar por un instante al trágico—, me estás diciendo que aquí has sido feliz?

—¿No querían que lo fuera? Pero no importa. Quiéranlo ahora.
O no piensen más en eso.
El enano parpadeó. Se podía notar que una idea silenciosa estaba tratando de penetrar en esa pequeña cabeza. Se podía notar, incluso, que sentía cierta dulzura en ello. Por un instante pareció soltar la cadena; pero, como si se tratara de su tabla de salvación, volvió a aferrarse a ella.

—Mira —dijo el trágico—. Tenemos que encarar esto.
Utilizaba entonces el tono masculino del convencimiento; el que se utiliza para que las mujeres recuperen la sensatez.

—Querido —le replicó la señora al enano—, no hay nada que encarar. Tú no quieres que yo haya sufrido por el gusto de sufrir.
Sólo crees que debería haberlo hecho por amor a ti. Pero si sólo esperas un poco verás que eso no es así.

—¡Amor! —exclamó el trágico, golpeándose la frente con la palma; y continuó en tono más grave—: ¿Pero conoces el significado de esa palabra?

—¿Cómo podría no conocerlo? Estoy enamorada. Enamorada, ¿comprendes? Sí, ahora amo de verdad.

—Es decir —dijo el trágico—, es decir que no me amabas verdaderamente en los viejos tiempos.

—Sólo de una manera muy pobre —contestó ella—. Te he pedido que me perdones. Había algo de amor verdadero en todo eso.
Pero lo que allá abajo llamábamos amor era sobre todo el deseo afanoso de ser amados. Te amaba entonces especialmente por el amor mismo; porque te necesitaba.

—¡Y ahora ya no me necesitas! —dijo el trágico con un gesto aprendido de desesperación.

—¡Pero por supuesto que no! —exclamó la señora.
Su sonrisa me hizo preguntarme cómo era posible que los dos fantasmas se las arreglaran para no llorar de alegría.

—¿Qué necesidades podría tener, ahora que lo tengo todo? — dijo ella—. Estoy llena ahora, no vacía. Estoy enamorada de El, no estoy sola. Soy fuerte, no débil. Tú puedes estar igual. Ven y verás.
No nos necesitaremos mutuamente ahora, podemos empezar a amar de verdad.
Pero el trágico seguía representando.

—Ya no me necesita más, nunca más —decía en tono entrecortado, sin dirigirse a nadie en particular—. Ojalá Dios hubiera permitido que muriera a mis pies y no tuviera que escuchar estas palabras. Muerta a mis pies. Muerta a mis pies.
No sé cuánto tiempo pretendía esa creatura continuar repitiendo esa frase. La señora interrumpió la letanía.
—¡Frank! ¡Frank! —gritó con una voz que hizo girar a todo el bosque—. Mírame. Mírame bien. ¿Qué estás haciendo con ese enorme muñeco feo? Suelta esa cadena. Déjala. Es a ti a quien quiero. ¿No te das cuenta de lo tonto que es seguir hablando?

El contento le bailaba en los ojos. Compartía una broma con el enano, por sobre la cabeza del trágico. Algo no muy distinto de una sonrisa se manifestó en el rostro del enano. Porque la estaba mirando ahora. La mirada de ella le estaba atravesando las defensas.

Luchaba por alejarse, pero ya con poco éxito. Estaba creciendo incluso, un poco, contra su voluntad.

—Oh, tremendo ganso —le dijo ella—. ¿Qué puede haber de bueno con seguir hablando así en este lugar? Sabes tan bien como yo que me viste muerta hace años. No a tus pies, por cierto, sino en la cama de una clínica. Una muy buena clínica, por lo demás. ¡La matrona no habría soñado con dejar cuerpos tirados en el suelo! Es ridículo que ese muñeco trate de impresionar aquí a alguien con la muerte. No puede resultar.

11

No sé si alguna vez vi algo más terrible que la lucha de ese enano fantasma contra la alegría. Porque casi estaba superado. En algún lugar, hace años incalculables, debió haber en él algún rasgo de humor y de razón. Por un momento, mientras ella lo miraba con tanto amor y tanta gracia, percibió lo absurdo del trágico. Por un momento comprendió muy bien su risa: también debió saber alguna vez que no hay gente más absurda que los amantes. Pero la luz que le llegaba lo alcanzaba contra su voluntad. No era el encuentro que había previsto. No lo iba a aceptar. Una vez más se aferró a su tabla de salvación. Y habló el trágico.

—¡Te atreves a burlarte! —rugió—. ¿Y en mi cara? Esta es mi recompensa. Muy bien. Es una suerte que no te importe mi destino.

De otro modo sentirías mucho estar enviándome otra vez de vuelta al infierno. ¿Qué? ¿Crees que estoy allí ahora? Gracias. Creo que siempre he sido rápido para darme cuenta de dónde no me quieren.
De dónde "no me necesitan" es la expresión correcta, si no recuerdo mal.

Desde ese instante el enano no volvió a hablar. Pero la señora siguió hablándole.

—Querido, nadie te está enviando de regreso. Aquí está toda la alegría. Todo te pide que te quedes.

Pero el enano se encogía con cada palabra suya.

—Sí —dijo el trágico—. Lo mismo le ofrecerías a un perro.

Sucede que aún me queda algo de autoestima y me doy cuenta de que el hecho de que me vaya no te afectará en lo más mínimo. No te importa nada que vuelva al frío y a esas calles tristes, solitarias, solitarias...

—No, no, Frank —dijo la señora—. No lo dejes hablar así.

Pero el enano estaba ahora tan pequeño que ella debió arrodillarse para hablarle. El trágico cogió esas palabras con la misma codicia que un perro coge un hueso.

—¡Ah, no puedes soportar oír eso! —gritó, en tono de triunfo, miserable—. Ese fue siempre el modo. Tenías que ser acogida. Las cosas tristes había que mantenerlas lejos de ti. ¡Y crees que vas a ser feliz sin mí, olvidándome! Ni siquiera deseas escuchar algo de mis sufrimientos. Dijiste que no. Que no te lo dijeran. Que no te hicieran sufrir. Que no interrumpan tu acolchado cielo. Y ésta es la recompensa...

Se inclinó aún más para hablarle al enano, que ya no era más alto que un gatito y se mantenía aferrado a la cadena con las manos en el aire.

—Eso no es lo que dije, no —respondió—. Quería decir que dejaras de actuar. No sirve de nada. Eso te está matando. Deja esa cadena. Incluso ahora.

—Actuar —aulló el trágico—. ¿Qué quieres decir?
El enano era ahora tan pequeño que no lo alcanzaba a distinguir de los eslabones de los cuales colgaba. Y por primera vez no estoy seguro de si la señora se dirigía ahora al enano o al trágico.

—Rápido —decía—, todavía hay tiempo. Deja eso. Déjalo de inmediato.

—¿Dejar qué?

—Deja de usar la piedad, la piedad de los demás, equivocadamente. Todos lo hemos hecho alguna vez en la tierra, lo sabes. La piedad es para estimular la alegría para que ayude, consuele, al dolor. Pero se la puede utilizar en sentido contrario. Se la puede utilizar para una especie de chantaje. Los que optan por el dolor pueden retener de rehén a la alegría, a cambio de piedad. Ya ves que sé lo que digo. Lo hacías hasta cuando niño. En lugar de pedir disculpas, te ibas a la azotea y te escondías a sufrir solo...

porque sabías que tarde o temprano alguna de tus hermanas iría allí a decirte "no soporto que estés aquí solo, llorando". Usabas la piedad para chantajearlas, y ellas, al fin, se rendían. Y más adelante, cuando nos casamos... oh, pero no importa, si sólo pudieras dejar de...

—Y eso —dijo el trágico—, eso es todo lo que has logrado aprender de mí en todos esos años.

No sé qué había sido del enano. Quizás se había subido a la cadena como un insecto, quizás la cadena lo había absorbido.

—No, Frank, aquí no —dijo la señora—. Escucha a la razón.

¿Crees que la alegría fue creada para vivir siempre bajo esa amenaza? ¿Siempre indefensa contra los que prefieren sufrir antes que ver contrariada su voluntad? Porque fue un verdadero dolor.

Ahora lo sé. Verdaderamente te destrozaste. Y todavía lo puedes hacer. Pero ya no puedes comunicar tus propios destrozos interiores.

Todo empieza a ser cada vez más lo que es y nada más que lo que es.

Aquí hay alegría que no puede ser quebrantada. Nuestra luz se puede tragar tu oscuridad; pero tu oscuridad no puede afectar nuestra luz.

No, no, no. Ven con nosotros. No iremos a ti. ¿De verdad has creído que el amor y la alegría podrían estar siempre a la merced del mal talante y de los suspiros? ¿No sabes que son más poderosos que sus contrarios?

—¿El amor? ¿Cómo te atreves a usar esa palabra sagrada? —dijo el trágico.

En ese momento recogió la cadena, que por unos instantes colgaba inútil a su lado, y de algún modo se las arregló con ella. No estoy muy seguro, pero me parece que se la tragó. Entonces,

por primera vez, fue claro que la señora lo vio y se dirigió exclusivamente a él.

—¿Dónde está Frank? —dijo—. ¿Y quién es usted, señor?

Nunca lo conocí. Quizás sea mejor que se marche. O que se quede, si así lo prefiere. Si le sirviera de ayuda y si fuera posible bajaría con usted al infierno; pero usted no puede traerme el infierno a mí.

—Tú no me amas —agregó el trágico, con una voz de murciélago.
Ahora era muy difícil verlo.

—No puedo amar una mentira —dijo la señora—. No puedo amar a la cosa que no es. Estoy en el amor y no saldré de él.

No hubo respuesta. El trágico se había desvanecido en el aire. La señora estaba sola en ese lugar boscoso y un pájaro marrón pasó caminando a su lado, doblando con sus pies ligeros las hierbas que yo no podía doblar.

La señora se irguió y empezó a retirarse. Los otros espíritus brillantes se adelantaron a recibirla, cantando mientras avanzaban:
La Feliz Trinidad es su hogar; nada puede turbar su alegría.

Es el pájaro que elude toda trampa, el ciervo salvaje que salta toda grieta. Como la gallina que cuida sus polluelos o como el escudo al brazo del caballero: así es el Señor para su mente, en Su inalterable lucidez.

No hay fantasmas que la atemoricen en la oscuridad; las balas no la asustan durante el día.

Las falsedades disfrazadas de verdad la asaltan en vano: ve a través de la mentira como si ésta fuera de vidrio.

El germen invisible no podrá dañarla: ni tampoco la violencia radiante del sol. Mil no bastan para resolver el problema, diez mil escogen el camino equivocado: pero ella lo supera fácilmente.

Destaca dioses inmortales para que la atiendan: en cada ruta que deba recorrer.

Le llevan puentes a los lugares difíciles: no se dañará los pies en la oscuridad.

Puede que camine entre leones y serpientes; entre dinosaurios y crías de leonas.

El la llena con la inmensidad de la vida: él la guía a ver el deseo del mundo.

—Y sin embargo... y sin embargo —le dije a mi maestro cuando todas las formas y los cantos se habían adentrado bastante en la selva—, todavía no estoy muy seguro. ¿Verdaderamente se puede tolerar que ella deba permanecer intocada por el dolor de él, aunque se trate de un dolor autoinfligido?

—¿Preferirías que él tuviera el poder, aún, de atormentarla? Lo hizo durante días, durante años, en su vida terrenal.

—Bueno, no. Supongo que no deseo eso.

—¿Y qué entonces?

—No lo sé, señor. Lo que algunos dicen en la tierra es que la pérdida final de una sola alma contradice la alegría de todos los que se han salvado.

—Has visto que no es así.

—Pero siento que, en cierto sentido, debería ser así.

—Parece muy misericordioso; pero observa lo que surge tras ello.

—¿Qué?

—La exigencia del exento de amor, del aprisionado en sí mismo:
que se les debe permitir chantajear al universo, que hasta que no consientan en ser felices (en sus propios términos) nadie podrá

gustar de la alegría, que tendrán la última palabra, que el infierno pueda vetar al cielo.

—No sé lo que quiero, señor.

—Hijo, hijo, tiene que ser de un modo o del otro. O bien vendrá el día en que prevalezca la alegría y ningún hacedor de dolores será ya capaz de contaminarla o bien para siempre serán los hacedores de dolor quienes puedan destruir la felicidad que rechazan para sí mismos. Sé que suena muy bien el decir que uno no aceptará ninguna salvación que deje en el lado oscuro a una sola creatura.
Pero cuídate de los sofismas, o terminarás como un perro en la mansión del gran hambriento, del tirano del universo.

—¿Pero debe uno decir —resulta horrible decirlo— que la piedad debe morir?

—Debes distinguir. La acción de la piedad vivirá para siempre; pero no la pasión de la piedad. La pasión de la piedad, la piedad que sólo sufrimos, el dolor que lleva a que los hombres concedan lo que no deben conceder y a que adulen o halaguen cuando deben manifestar la verdad, la piedad que ha engañado a tantas mujeres que perdieron la virginidad, que ha privado a tanto estadista de su honradez..., eso debe morir. La utilizan hombres malos contra los buenos: esa arma será quebrada.

—¿Y cuál es la otra clase... la acción?

—Es un arma del otro lado. Se lanza más veloz que la luz desde lo más alto hasta lo más bajo para curar y llevar la alegría, cualquiera sea el costo. Cambia la oscuridad en luz y el mal en bien. Pero no podrá imponer, a pesar de las astutas lágrimas infernales, sobre el bien la tiranía del mal. Toda enfermedad que se somete a la cura será curada; pero no llamaremos azul a lo amarillo para agradar a los que siguen con hepatitis, ni convertiremos en basural el jardín del mundo para complacer a los que no soportan el aroma de las rosas.

—Dices que bajará hasta lo más bajo, señor. Pero ella no descendió con él a los infiernos. Ni siquiera lo acompañó hasta el autobús.

—¿Y dónde la habría llevado él?

—Por cierto, al lugar desde donde vinimos en ese bus. Hasta esa gran explanada, más allá del acantilado. Por allá. Desde aquí no la puedes ver, pero estoy seguro de que la conoces.
Mi maestro sonrió de manera enigmática.

—Mira —me dijo, y con esas palabras se puso de rodillas. Hice lo mismo (¡y cómo me dolieron las rodillas!) y vi que había cogido una hoja de hierba. Utilizó la fina punta como puntero y me hizo ver, después que miré con suma atención, una grieta en el suelo, tan pequeña que no la habría identificado sin su ayuda—. No estoy seguro de que ésta sea la grieta por la cual llegaste. Pero llegaste, sin duda, por una grieta no mayor que ésta.

—Pero, pero —tartamudeé, con una sensación de desconcierto no muy distante del terror—. Pero si vi un abismo infinito. Y acantilados enormes. Y después este país en la cima de los acantilados.

—Sí. Pero el viaje no fue mera locomoción. Ese autobús, y todos lo que estaban dentro, iban aumentando de tamaño.

—¿Me está diciendo que el infierno, toda esa ciudad infinita y vacía, está allá abajo en una pequeña grieta como ésta?

—Sí. Todo el infierno es más pequeño que una piedrecilla de tu mundo terrestre. Pero es más pequeño que un átomo de este mundo, el mundo real. Mira esa mariposa. Si se tragara todo el infierno, el infierno no sería lo bastante grande para hacerle el menor daño, ni siquiera para que alcanzara a degustarlo.

—Parece bastante grande cuando se está adentro, señor.

—Y sin embargo todas las soledades, iras, odios, envidias y rabietas que contiene, si se agruparan en una experiencia única y se compararan con el menor momento de alegría que siente el menor de los que están en el cielo, no tendrían peso registrable. El mal no puede tener éxito en ser malo como el bien es bueno. Si todos los dolores del infierno entraran juntos en la conciencia de

ese pájaro amarillo que está en la rama de ese árbol, serían tragados y no dejarían huella alguna, tal como una gota de tinta que cayera en ese gran océano del cual tu océano Pacífico de la tierra no alcanza el tamaño de una de sus moléculas.

—Ya veo —dije por fin—. Ella no cabría en el infierno.
Asintió.

—Allí no hay sitio suficiente para ella. El infierno no podría abrir una puerta tan ancha para que pasara.

—¿Y ella no podría empequeñecerse, como Alicia?

—No hay nada tan pequeño. Un alma condenada es casi nada; se ha hundido, cerrado en sí misma. El bien golpea incesantemente a los condenados como el sonido de las olas golpea los oídos de un sordo, pero no pueden recibirlo. Tienen los puños apretados, rechinan sus dientes, los ojos están cerrados. Primero no querrán, por fin no podrán ni abrir las manos para recibir un regalo, ni la boca para recibir alimento, ni los ojos para ver.

—¿Así que nadie los puede alcanzar nunca?

—Sólo el Mayor de todos puede hacerse lo bastante pequeño para ingresar al infierno. Porque mientras más alta es una cosa, más bajo puede descender. Un hombre puede simpatizar con un caballo, pero el caballo no con una rata. Sólo Uno ha descendido a los infiernos.

—¿Y lo volverá a hacer alguna vez?

—No hace tanto que lo hizo. El tiempo no funciona de ese modo cuando has dejado la tierra. Todos los momentos que han sido o serán, o son, están presentes en el momento de su descenso. No hay espíritu en prisión a quien no hable.

—¿Y algunos lo escuchan?

—Sí.

—En tus propios libros, señor, eras universalista. Decías que todos los hombres se salvarían. San Pablo lo dice también.

—No puedes saber nada del fin de todas las cosas, o nada expresable en esos términos. Puede ser, como el señor dijo a Lady Julián, que todos estén bien, y todos estarán bien, y todo tipo de cosas estará bien. Pero es una tontería hablar de estos asuntos.

—¿Porque son tan terribles, señor?

—No. Porque todas las respuestas engañan. Si planteas la pregunta desde dentro del tiempo y preguntas por posibilidades, la respuesta es certera. La elección de los caminos está ante ti. Ninguno está cerrado. Todo hombre puede escoger la muerte eterna. Los que la escojan la tendrán. Pero si tratamos de saltar a la eternidad, si intentas ver el final de todas las cosas tal como será (por decirlo así), cuando ya no hay más posibilidad a excepción de lo real, entonces estás preguntando lo que no puede responderse a oídos mortales. El tiempo son los lentes mismos a través de los cuales ves —pequeños y claros, pues los hombres miran por el lado equivocado del telescopio— algo que de otro modo sería demasiado grande para ser visto. Eso es la libertad: el don por el cual más te pareces a tu Hacedor y te haces parte de la realidad eterna. Pero sólo puedes verla a través de los lentes del tiempo, en un cuadro pequeño y claro, porque el telescopio está invertido. Es un cuadro de instantes que se persiguen uno al otro y de ti mismo optando de un modo que podría ser distinto. Ni la sucesión temporal ni el fantasma de lo que puedas escoger y no escoges es, en sí mismo, la libertad. Son lentes. El cuadro es un símbolo: pero es más verdad que un teorema filosófico (y, quizás, más cierto que una visión mística) que pretenda ser su consecuencia. Porque cualquier intento de ver la forma de la eternidad, a menos que se efectúe a través de los lentes del tiempo, destruye tu conocimiento de la libertad. Observa la doctrina de la predestinación, que muestra (y es verdad) que la realidad eterna no está a la espera de un futuro para ser real; pero al precio de suprimir la libertad, que es la verdad más profunda de las dos. ¿Y acaso el universalismo no hace lo mismo? No puedes conocer la eternidad mediante una definición. El tiempo mismo, y todos los actos y sucesos que llenan el tiempo, son la definición, y se los debe vivir.

El Señor dijo que éramos dioses. ¿Cuánto tiempo podrías soportar la contemplación (sin los lentes del tiempo) de la grandeza de tu propia alma y la realidad eterna de su opción?

12

Y todo cambió de súbito. Vi una gran asamblea de formas gigantescas, todas inmóviles, todas en el más profundo de los silencios, de pie, para siempre, junto a una pequeña mesa de plata, mirándola. Sobre la mesa había unas figurillas, como de piezas de ajedrez, que avanzaban y retrocedían haciendo esto y aquello. Y supe que cada una de las piezas era el idolum, el representante en pequeño de alguna de las grandes presencias. Y los actos y movimientos de cada pieza eran un retrato móvil, una mímica o pantomima, que delineaba la naturaleza interior de su maestro gigante. Y estas piezas eran hombres y mujeres como se ven a sí mismos y como se ven unos a otros en este mundo. Y la mesa de plata es el Tiempo. Y los que están de pie junto a la mesa son las almas inmortales de esos mismos hombres y mujeres. El vértigo y el terror se apoderaron de mí. Me apreté contra mi maestro y le dije:

—¿Esta es la verdad? ¿Es falso entonces todo lo que he estado viendo en este país? ¿Esas conversaciones entre espíritus y fantasmas eran sólo la mímica de opciones que realmente estaban hechas desde hacía mucho?

—¿O no podrías decir también que son una anticipación de una opción que se hará al final de los tiempos? Pero es mejor que no digas nada. Estás viendo las opciones con mayor claridad que la que podrías conseguir en la tierra: los lentes están más claros. Pero sigues viendo a través de los lentes. No pidas a una visión de sueño que te dé más de lo que una visión de sueño puede dar.

—¿Un sueño? Entonces..., entonces..., ¿no estoy aquí, señor?

—No, hijo —me contestó bondadosamente, tomándome las manos—. No es tan bueno como eso. El trago amargo de la muerte aún está ante ti. Sólo estás soñando. Y si llegas a contar lo que has visto, deja en claro que no es más que un sueño. Trata de dejarlo muy en claro. No vayas a darle a ningún tonto pretextos para creer que estás pretendiendo conocer lo que ningún mortal

conoce. No quiero tener ningún Swedenborg ni ningún Vale Owens entre mis hijos.

—Que Dios no lo quiera, señor —le dije, tratando de parecer muy sabio.

—El lo ha prohibido. Eso es lo que te estoy diciendo.

Mientras hablaba, parecía más escocés que nunca. Le miraba atentamente a la cara. La visión de las piezas de ajedrez se había borrado, y una vez más estaban en torno nuestro los silenciosos bosques en la fría luz anterior al alba. Entonces, todavía mirándole el rostro, vi algo que me hizo estremecer entero. Daba la espalda al este en ese momento, y a las montañas; él, de frente, las miraba. El rostro se le encendió con una luz nueva. Un helécho, a unos treinta metros detrás de él, se volvió dorado. El costado este de cada árbol empezó a brillar. Se alargaron las sombras y se ahondaron. Todo el tiempo había habido trinos de pájaros, cantos; pero ahora, de súbito, un coro completo surgió del follaje; cantaban los gallos, había música de trompas y trompetas; por sobre ello, diez mil lenguas de hombres y de ángeles del bosque, y la misma madera, cantaban. "¡Viene!

¡Viene!" cantaban. "¡Despertad, los dormidos! ¡Viene, viene, viene!" Me atreví a mirar, temeroso, por sobre el hombro y alcancé a ver (¿o no alcancé?) el borde mismo del sol que amanecía y mataba al tiempo con flechas doradas y forzaba la huida de todas las formas fantasmales. Gritando, hundí la cara en los pliegues de la túnica de mi maestro. "¡La mañana! ¡La mañana!", grité, "me alcanza la mañana y soy un fantasma". Pero fue demasiado tarde. La luz, como bloques sólidos, insoportable de aristas y de peso, cayó tronando sobre mi cabeza. Un momento después los pliegues de la vestidura de mi maestro sólo eran los del viejo mantel manchado de tinta de mi escritorio que había tirado al piso al caerme de la silla. Los bloques de luz sólo eran los libros que arrastré conmigo y me cayeron en la cabeza. Desperté en una habitación fría, de bruces en el piso, junto a un arcón negro y vacío; el reloj daba las tres y aullaba una sirena.